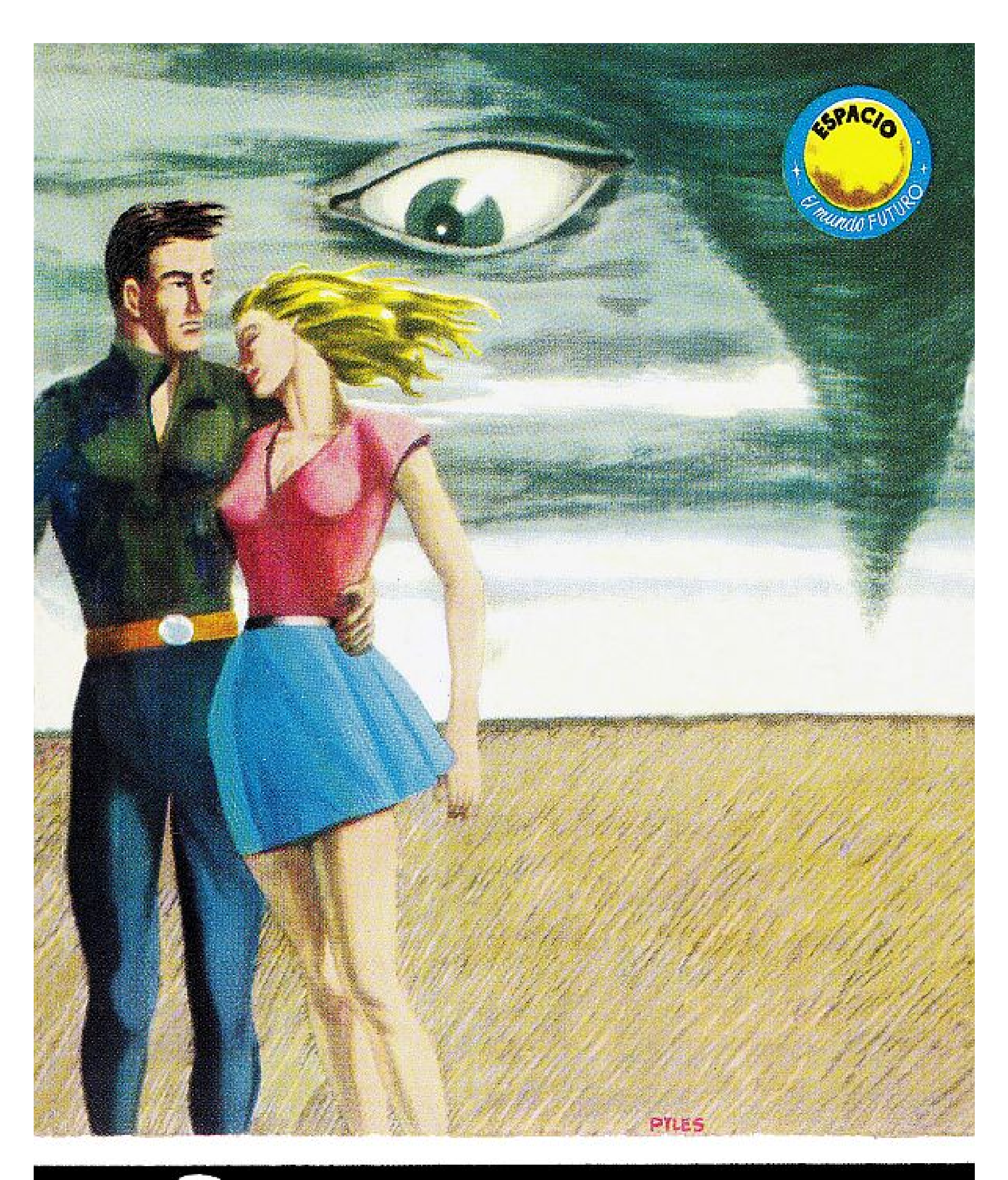


¡PLAGA!

JOHNNY GARLAND

Al terminar su emisión habitual, Herb Miller cerró el micrófono. Las noticias sobre el tornado «Kate» eran ya más alarmantes. En las siguientes veinticuatro horas, según el observatorio de Canadá, haría su presencia en los estados más septentrionales de la costa este de los Estados Unidos.

—Dios proteja a esa gente —suspiró el famoso locutor de la Asociación Agrícola Nacional, incorporándose de su mesa de lectura, en el locutorio de
E. B. C.
—. Parece que va a ser un buen azote el que caerá sobre ellos.



Johnny Garland

¡Plaga!

Bolsilibros: Espacio - El Mundo Futuro - 300

ePub r1.0
LDS 10.05.18

Título original: *¡Plaga!*
Johnny Garland, 1963
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



PRÓLOGO

LA RAÍZ DE LA PESADILLA

Para cada personaje empezó de distinta manera.

Muchos de ellos, sin embargo, no significaron nada después. Se borraron con la pesadilla misma, o ésta les absorbió sin dejar rastro de ellos ni huella de su paso en la tierra.

Pero hubo algunos que significaron mucho. Y entre ésos estaba Ismael Franz. Ismael Franz, colono de Range Point.

Para él todo comenzó cuando la cosecha estaba a punto de dar sus frutos anuales. La hacienda de Ismael Franz era de las mejores de Range Point. Y aquel año Ismael estaba dispuesto a que fuese mejor aún. Había utilizado una nueva especie de abonos químicos, y los resultados, por el momento, eran óptimos.

Ismael Franz debía hacer la primera aplicación de abonos justamente aquel día. El tratamiento artificial de los productos agrícolas sería así completado satisfactoriamente. Y dentro de pocas semanas comenzaría la recolección.

Ismael Franz no tenía motivos para sentirse triste. Por tanto, aquella mañana, con las primeras claridades en el horizonte, se encaminó a las tierras, canturreando jovialmente, con el pequeño saco de abonos colgando de su hombro.

Su esposa aún dormía. Se había acostado tarde la noche anterior, ya que había trabajado en diversas labores de la casa mientras él descansaba. Ahora le tocaba a él trabajar. Siempre sucedía así. Quizá cuando su hijo Kirk volviera las cosas serían diferentes, y podrían turnarse en las tareas.

Sonrió al recordar a Kirk. El buen mozo acaso siguiera otros

rumbos; quizá no le gustara la granja, al volver de la academia. Y sería mejor así. O quizá trajese nuevas ideas para la hacienda, para las futuras cosechas. Lo que Kirk nunca haría sería avergonzarse de tener unos padres agricultores. Sabía que se lo debían todo a la tierra. Los Kirk eran como un fruto de la tierra misma. Lucharon por ella y con ella durante años. En ella encontraron vida, riqueza y felicidad.

Y ella les había dado la oportunidad también de dar estudios a su hijo. Kirk fue a la ciudad. Estudiaba. Un día volvería convertido en un ingeniero, un experto, un técnico; en algo así. Ismael no estaba seguro de eso. No era su fuerte el estudio ni el nombre de las carreras. Pero Kirk sabría de eso. Y él era quien tenía que saberlo.

Ismael Franz pensaba todo eso incluso cuando estaba dejando caer en los surcos, ya floridos y salpicados de verdes manchas vegetales, el polvillo terroso del abono químico, potente y eficaz.

Entonces la pesadilla aún no había empezado. No eran aún las siete de la mañana.

Y la pesadilla empezó a las siete y unos pocos minutos. Ismael Franz no supo nunca con exactitud cuántos minutos. Quizá nadie lo supo.

Pero aquella mañana, cuando Ismael Franz agotó la carga de abono de su saquito y encendió su pipa habitual, cargada de tabaco aromático y fuerte, como hacía cada mañana, desde treinta años atrás, las cosas no fueron ya iguales a las de cada mañana de aquellos treinta y tantos años.

Nada fue igual desde el instante mismo en que la mano nervuda, callosa y firme de Ismael Franz arrojó el fósforo al suelo y lo pisó con su recia bota, en tanto la cazoleta de su pipa exhalaba el humo fuerte, acre, de su tabaco habitual.

Allí fue. Allí fue donde comenzó todo…

Los verdes brotes surgían, jóvenes y esperanzadores, de la tierra húmeda. Era la cosecha del año, el producto de una labor de meses, agotadora y dura. Ismael Franz se sentía orgulloso de ello. Sus padres habían llegado a aquella tierra en tiempos de la persecución semítica por parte del nazismo. Desde entonces habían transcurrido muchos años. Y la familia judía de los Franz encontró en los Estados Unidos su nueva patria. Un mundo acogedor y cordial, en el que ellos subieron con una renovada, radiante concepción de la vida y

de la solidaridad humana.

De todo aquello hacía ya muchos años. Cuarenta, cincuenta acaso… Ismael Franz no quería pensar exactamente en fechas. Le daba igual. Y su hijo ni siquiera se preocupó jamás de interrogarle sobre ello. Conocía el pasado de los Franz y de otros que fueron como ellos. Pero todo aquello quedó atrás, y la vida ahora no ofrecía esos dantescos problemas a los hombres. Kirk alojó en un rincón de sus recuerdos aquella época y sus consecuencias. Y vivió, como todos, de cara al futuro. Como viven los hombres que aspiran a olvidar y a vivir de nuevo.

Ismael Franz, con la sonrisa en los labios, meditaba sobre todo eso a la puerta del cobertizo donde guardaba los útiles de labranza. Ante él la cosecha era el mejor de los resultados, la recompensa ideal a tantos y tantos quebraderos de cabeza, horas de trabajo y preocupaciones de toda índole, durante la temporada de siembra y abono.

La sonrisa se borró de pronto de sus labios. Una expresión intrigada asomó en el fondo de sus azules pupilas, fijas en la distancia, más allá de los bosquecillos del horizonte.

La luz solar era todavía pálida, difusa. Las brumas matinales, azules y frías, se iban disipando como una humareda terca, diluidas por el calorcillo confortante de la mañana, a la claridad del astro diurno.

Pero, aun así, era visible aquella especie de humo gris oscuro que formaba una rosca sobre los árboles lejanos. Una rosca movible, tenue, pero invariable. No se advertía en ella una evaporación lógica. Por tanto, no era humo.

—¿Qué puede ser eso? —Gruñó Ismael, enarcando las cejas.

La espiral humeante pareció descender sobre el suelo un poco más. Reptó sobre éste, avanzando hacia las tierras labradas de Ismael Franz. Éste, entre indiferente y curioso, lo contempló intrigado, a la espera de que, de un instante a otro, la luz matinal diluyera aquella sombra enroscada sobre las tierras frescas de las granjas agrícolas.

No sucedió nada de eso. Súbitamente, en vez de diluirse, la sombra pareció espesarse, cobrar un volumen denso, oscuro y zumbante. Su vibrante murmullo llegó hasta los oídos repentinamente sorprendidos de Ismael Franz.

Era un zumbido raro, un bisbiseo sordo y profundo, que se alargaba extrañamente. Y Franz entendió. Entendió un poco tarde, luchando con su propia extrañeza.

—*¡Insectos!* —jadeó—. ¡Una plaga de insectos!

Eso siempre era peligroso. El mayor azote de los agricultores. Sólo que nadie había anunciado plaga alguna, ni había epidemias de insectos ni de pestes agrícolas. Los modernos sistemas de insecticidas y de desinfección, los aviones y equipos proyectores de gases contra las plagas del campo, impedían esos males, ya casi ancestrales para el hombre de fines del siglo XX.

Ismael Franz arrugó el ceño; empezaba a alarmarse. Aquella especie de colmena en marcha no podía arruinar sus tierras, ciertamente. Pero era mala cosa que una brecha se abriera en el aséptico panorama agrícola de la época. Por donde podían colarse aquellos insectos en bandada, podían hacerlo otros, más voraces y más abundantes. Porque, a fin de cuentas, aquella nube espiral no parecía precisamente formada de insectos definidos, que pudieran provocar el terror a los cultivadores de la tierra. Ni tampoco su cantidad era alarmante.

Pacientemente, Ismael Franz se volvió hacia la cabaña donde guardaba los pulverizadores de productos insecticidas. Aquella nubecilla de molestos visitantes quedaría dispersa y vencida en cuestión de segundos, cuando el chorro gaseoso les alcanzara, les envolviera en su humo espeso, venenoso, protector de plantas y frutos.

Franz tomó las bombonas medio llenas de líquido, que al brotar por el pulverizador, unido por un tubo flexible, se convertiría en gas letal para los insectos. Se aplicó el aparato a la espalda, y salió resueltamente a encararse con la mancha oscura, que ya planeaba sobre la tierra, muy cerca de las tierras recién abonadas.

—Bueno, amiguitos, veremos quién puede más ahora —rió Franz, apoyando su índice en el gatillo del pulverizador—. Vuestra época pasó a la historia. No vais a destruir otra vez lo que ha costado años de cultivar para que el hombre viva mejor.

Ismael Franz odiaba a los insectos. Les había odiado siempre, como buen hombre de campo. Sabía que ellos formaban uno de los frentes más duros y hostiles de la naturaleza contra el hombre. Y éste tenía que combatirlos, aniquilarlos despiadadamente, para que

los seres humanos no se vieran privados de lo más necesario, por la rapiña inconsciente y destructora de las fauces parasitarias. Aunque Franz también tenía sobre eso sus propias ideas, y estaba seguro de que ningún insecto era realmente inconsciente a su acción aniquiladora, cuando la realizaba. Él tenía la firme convicción de que todo insecto era un ser malévolo, diminuto y feroz, capaz de matar, destruir y arrasar, con perfecto dominio de su microscópica mente, con una fría y casi morbosa delectación.

Con la misma delectación con que el propio Franz iba ahora a barrer a la nube de insectos agresores. Con la misma helada ira del hombre que, a costa de duros sacrificios, de jornadas de poco sueño y de mucho trabajo, ve súbitamente en peligro aquello que más estima, para lo que ha trabajado durante años y años.

Ismael Franz esperó a pie firme. El zumbido de la nube de insectos se hizo insistente. Estaba muy próxima ya. La masa de pequeños seres alados flotaba sobre los surcos de la tierra florida, sobre los bulbos y hojas florecientes. Raudo, Ismael saltó sobre dos de los surcos, con una rápida zancada.

Oprimió el disparador. Un chorro gaseoso, sibilante, brotó de la boquilla del arma insecticida. Una nube de gas grisáceo envolvió a la masa de insectos. El silbido continuó, mientras la mano de Franz presionaba incesantemente la válvula que soltaba bocanadas densas, cegadoras, acres e irritantes, de aquel gas insecticida, capaz de aniquilar a una masa de millones de insectos voraces.

Ismael Franz sonreía, mientras barría la nube de insectos con su gas letal. Cuando éste se disipara, todo estaría limpio. La mañana volvería a ofrecerse apacible, y sobre la tierra húmeda y blanda yacerían los cuerpecillos diminutos, oscuros, odiados y voraces, vencidos por el arma formidable de todo agricultor.

Las plagas no tenían lugar en la última década del siglo XX, con el año 2000 virtualmente a la vuelta de la esquina. Los males del campo habían quedado muy atrás, en la historia del hombre y de su lucha por la supervivencia contra toda clase de enemigos, naturales o artificiales.

Eso pensaba al menos Ismael Franz. Lo estuvo pensando hasta que algo pasó por entre la nube de gas color plomo. Algo que se movió hacia él…

Ismael Franz lo descubrió cuando aún mantenía el dedo en el

gatillo del pulverizador de insecticida. Gritó roncamente, con estupor infinito. Su rostro se quedó del color del papel.

Levantó velozmente la boquilla proyectora de gas mortal y apuntó hacia lo que se le venía encima. Disparó un espeso chorro de insecticida. Pero «aquello» también cruzó la masa gaseosa de muerte, y siguió moviéndose hacia él.

Ismael Franz chilló de nuevo, esta vez en el paroxismo del horror. Asistió al fenómeno, y a un nuevo fenómeno, producido ante su propia mirada trémula, desencajada.

—¡Nooo! —gimió—. ¡Eso…, eso… *no es posible!*… ¡Noooo!…

Hizo un nuevo disparo de gas insecticida, esta vez mecánicamente ya. La pulverización brotó, como una nueva nube plomiza, en tanto que Ismael Franz retrocedía, tropezaba en los surcos de tierra y caía finalmente de rodillas.

Se revolvió. Logró levantarse, pero sólo para caer de nuevo. Gritó aguda, desesperada, furiosamente. Sus pupilas muy abiertas, cuajadas de horror, de angustia, de miedo cerval, invencible, se fijaron en lo que caía sobre él.

Luego su grito se cortó en seco. Hubo algo, una especie de sordo, espeluznante choque. Del cuerpo de Ismael Franz brotó algo denso, oscuro, rojo y caliente.

Sangre…

Después nada. El cuerpo rodó entre dos surcos de tierra florida. «Algo» se adhirió a él.

Durante unos segundos, en la calma matinal, sólo se percibió un ruido en Range Point: un extraño gorgoteo, un zumbido espeluznante y siniestro, que nadie hubiera sabido identificar.

Por fin, el ruido cesó. El fenómeno se detuvo.

La calma volvió a la campiña. No había rastro de la nube de insectos. Pero las plantas estaban picoteadas, acribilladas por la voracidad de alguna plaga.

Y entre los brotes destrozados, había algo más.

No era un cuerpo humano inconsciente. Ni siquiera un cadáver, un ser carente de vida. Pudo serlo alguna vez, pero, ahora…

Ahora era únicamente una forma larga, blanca y pelada.

Un esqueleto.

El esqueleto de un hombre: Ismael Franz.

Cerca de aquella forma dantesca, macabra, huesuda y pelada,

silbaba estérilmente un aparato que emitía un chorro lento, perezoso, de gas plomizo. Un pulverizador de insecticida, presionado por la horrible mano descarnada de la misma muerte, por los dedos sin carne ni piel del esqueleto atroz que allí quedaba, como rastro de una tragedia espantosa e inimaginable.

* * *

«Los boletines meteorológicos anuncian la proximidad del tornado "Kate", que llegará dentro de esta semana a las regiones de Maine, New Hampshire y Massachussets, procedente del Nornordeste. Todos los centros de dichos estados deben permanecer alerta, e igualmente las poblaciones y propiedades rurales, para conseguir que la cuantía de daños y pérdidas humanas, a causa del tornado, sea la mínima posible.

»Es de esperar que, en los estados de Pennsylvania y Nueva York, el tornado no haga su aparición, o lo realice de una forma esporádica e indirecta, que sólo influirá en una baja temperatura y una serie de precipitaciones que pueden llegar a ser torrenciales.

»Esto, que en circunstancias normales podría preocupar a los hombres del campo, parece despertar complacencia ahora, puesto que así podrá ser combatida con mayor facilidad la plaga de insectos que, en algunos puntos de los dos estados últimamente citados, hizo su aparición en días pasados y destruyó varias cosechas.

»Por otro lado, sigue buscándose con insistencia a los granjeros Ismael Franz, de Range Point, Connecticut, y a los hermanos Guido y Anthony Blassetti, de Flower Land, Nueva York, desaparecidos durante los ataques de dichas plagas de insectos voraces.

»La emisión especial de la E. B. C. para los hombres del campo de nuestra costa este de los Estados Unidos, seguirá transmitiendo en onda corta, y en la frecuencia habitual, durante las horas de costumbre, a excepción de aquellas emisiones de emergencia, obligadas por la magnitud del tornado y las prevenciones que deberán guardarse contra éste.

»Aquí, su locutor y amigo, Herb Miller, de la Asociación Agrícola Nacional, siempre a disposición de todos ustedes, oyentes y

camaradas. Muy buenas tardes».

* * *

La emisión habitual de la Eastern Broadcasting Corporation, en su frecuencia especial para los agricultores, había terminado.

A pesar de ello, Kirk Franz permaneció con el papel entre sus manos y la vista fija en el receptor, que había pasado a emitir música de baile. Se puso en pie y se alejó de la estancia sin pensar siquiera en cerrar el receptor, sin escuchar la música, sin haber siquiera oído lo que decía Herb Miller, el famoso locutor de las emisiones agrícolas, en su charla habitual.

El papel aquel continuaba entre sus dedos yertos, vacilantes y rígidos. Su madre volvió la cabeza y dejó de sollozar cuando él entró en la salita de la vivienda.

—Kirk, hijo mío… —jadeó ella—. Oí llamar a la puerta… ¿Era alguien de la policía rural o de la Patrulla de Caminos? ¿Se sabe algo de tu padre?

—Era el repartidor de telégrafos, mamá —suspiró Kirk—. Sólo eso…

—¿Un telegrama? —Ella se puso tensa Sus ojos enrojecidos fijáronse en su hijo Kirk, urgentemente llegado de la ciudad, donde cursaba sus estudios—. ¿Para quién, hijo?

—Para mí —suspiró Kirk. Estaba pálido, muy pálido. Pero sus ojos secos, serenos, reflejaban algo extraño, inexplicable.

—¿Sucede algo nuevo? ¿Saben alguna cosa de Ismael?

—Sí —suspiró el muchacho.

—¿Qué es? —Casi gritó ella—. ¡Vamos, dilo, hijo mío!…

Kirk Franz respiró hondo. Estrujó el telegrama entre sus dedos.

—Lo encontraron ya, mamá —musitó el joven.

—¿Eh? ¿A tu padre? ¿Lo encontraron? —gimió ella.

—Sí…

—¿Vivo? —Miraba anhelante a su hijo. Éste no afirmó ni negó. Eso le dio la clave a la infortunada mujer. Preguntó, estremeciéndose—: ¿O… muerto?

—Siempre estuvo muerto —suspiró Kirk—. Desde el principio de esto, mamá. Este telegrama… es del laboratorio de la policía, en la ciudad.

—Dios mío… —Ella, mortalmente pálida, lloraba de nuevo, sacudida por el dolor—. ¿Dónde… dónde estaba?

—Aquí, en nuestra tierra, madre.

—¿Aquí?

—Sí, madre. Aquí, en la propia granja. Papá, cuando estuvo en el ejército, recibió una herida en la rodilla. Tenía una placa de plata bajo el hueco poplíteo, en su pierna derecha. Eso ha servido para identificarle. Aquel esqueleto que había en las tierras, mamá…

—¡Nooo! —jadeó ella, estremecida de horror, presintiendo lo que venía luego.

—… Era el suyo, madre. Era el suyo. «Algo» le devoró. Y nadie sabe lo que es. Pero solamente quedaron los huesos. Todo lo demás fue devorado por ese «algo».

¡PLAGA!

CAPÍTULO PRIMERO

«TORNADO»



l terminar su emisión habitual, Herb Miller cerró el micrófono. Las noticias sobre el tornado «Kate» eran ya más alarmantes. En las siguientes veinticuatro horas, según el observatorio de Canadá, haría su presencia en los estados más septentrionales de la costa este de los Estados Unidos.

—Dios proteja a esa gente —suspiró el famoso locutor de la Asociación Agrícola Nacional, incorporándose de su mesa de lectura, en el locutorio de
E. B. C.
—. Parece que va a ser un buen azote el que caerá sobre ellos.

Sentíase preocupado. No solamente por los agricultores, que a fin de cuentas eran sus oyentes de siempre, ya que eran muchas las veces que le tocaba la ingrata tarea de prevenir contra tornados,

tifones, huracanes y toda clase de desgracias meteorológicas. En aquel caso concreto, el tornado «Kate» le afectaba a él muy directa y particularmente. Y no por sus relaciones con el campo y su gente.

—¿Y esa conferencia con Lewiston? —preguntó a uno de sus compañeros de emisora.

—Está solicitada, pero al parecer hay dificultades —comentó el otro—. Informan que hay nieve y desprendimientos de tierras. Cuando llegue el tornado, ya estarán las cosas feas en Maine. Seguramente los postes telefónicos han sufrido daños, porque la telefonista no logra conexión inmediata con Lewiston.

—¡Vaya por Dios! —suspiró Herb Miller, irritado—. Todo se pone en contra en estos días… Me sentiría más tranquilo si pudiera hablar con Honey.

Honey Allen era su prometida. Y vivía en Lewiston, Maine. Un lugar habitualmente nevado, frío y delicioso para deportes invernales. Un mal sitio cuando la meteorología se mostraba hostil. En aquellos momentos, precisamente, era uno de los peores sitios de la costa este.

—No creo que debas preocuparte —le advirtió su colega—. Honey es una chica habituada a esos sitios. Es buena esquiadora, excelente escaladora, conocedora de los sitios inhóspitos… ¿A qué tener miedo, Herb?

Miller hubiera querido compartir esa seguridad. Pero no podía. Honey le preocupaba demasiado. La dureza de aquellos finales del invierno, la amenaza del tornado inminente, la falta de contacto telefónico… Todo tendía a llenarle de ideas inquietas y pesimistas.

—Si a media tarde no hay noticias, pediré un permiso para este fin de semana y me marcharé a Maine.

—¿Estás loco? —saltó su colega—. ¡Es el peor sitio del mundo a donde puedes ir ahora!

—Me tiene sin cuidado. Iré, a pesar de todo.

—Bien, allá tú —se encogió de hombros su amigo—. Pero no podrás hacer el viaje en avión. Los aeropuertos de Maine están cerrados. Ni por carretera. Creo que han cortado los accesos, en espera de que la nieve pueda ser eliminada.

—Aún funcionan los ferrocarriles. Iré por vía férrea.

—Quieres mucho a Honey, ¿eh, Herb?

—Sí, mucho. Demasiado para estar aquí cruzado de brazos, sin

saber nada de ella. Los boletines podéis leerlos vosotros. No soy de ninguna ayuda a los agricultores. Y puedo serle muy útil a Honey, según vayan las cosas en Maine…

—Muy bien, adelante entonces —suspiró su compañero de trabajo—. Cubriremos tu puesto. Pero quizá no puedas venir el lunes. Si ese tornado es puntual, provocará jaleo durante muchos días.

—Mi propósito es volver el lunes a Nueva York. Sólo si un imprevisto me retiene me quedaré allí, muchacho.

—Y cualquier imprevisto sólo tiene un nombre: Honey.

—Eso es…

Clancey, el botones del estudio de la emisora les interrumpió. Los altavoces emitían suavemente la música de baile que seguía a los boletines agrícolas y meteorológicos habituales.

—Señor Miller, alguien pregunta por usted —explicó Clancey—. Dice que es urgente.

—Lo siento. Yo también tengo cosas urgentes que hacer —gruñó Herb, mientras se quitaba su chaqueta de trabajo y la suplía por la suya de vestir, un «*tweed*» marrón y marfil, muy sobrio—. Me largo, Clancey. Feliz fin de semana.

—Pero, señor Miller, el joven que quiere verle dice que es apremiante, que su asunto no admite demora, y que se relaciona con sus emisiones últimas y…

—Te repito, Clancey, que lamento mucho no poder hacerme cargo de reclamación o informe alguno. Aquí están los demás, que pueden ocuparse del asunto en mi nombre. Herb Miller empieza su fin de semana. Eso es todo.

Entró en el lavabo para peinarse y lavarse sus manos rápidamente. Cuando reapareció, su compañero no estaba solo. Clancey había llevado hasta allí a un muchacho alto, rubio, enjuto, de ojos azules e inteligente expresión.

Su compañero de trabajo leía algo. Algo de lo cual levantó los ojos para mirar ceñudo a Herb Miller, cuando éste salió del lavabo. También el joven rubio clavó su mirada en Miller, entre curiosa y expectante.

—A pesar de todo, Herb, debes enterarte de esto —explicó su colega—. Es interesante. Y raro. Muy raro.

A Herb le intrigó el tono de su amigo. Miró al desconocido. Los

ojos azules le escudriñaban, casi patéticos. El joven habló con voz sorda:

—Usted es entonces Herb Miller, ¿verdad?

—Sí —asintió él, de mala gana—. Es viernes, amigo. Viernes y mediodía. Mi fin de semana empieza ahora. Tengo motivos urgentes para irme. Pero la Emisora le atenderá en lo que pida, y emitirá lo que usted crea preciso emitir con tanta urgencia. Ahora, yo me…

—¿Cree que resolveremos algo si anunciamos que mi padre ha sido devorado por «algo» desconocido, que se abatió sobre nuestra granja y devoró también la cosecha en flor?

La respuesta serena, casi fría, del visitante rubio de ojos celestes, dejó de una pieza a Herb. Parpadeó y cambió una mirada de estupor con su compañero, muy dubitativo sobre el estado mental del visitante.

—Sí, Herb —suspiró su colega—. Por desgracia es cierto. Este telegrama no deja lugar a dudas. El padre de este muchacho era el agricultor desaparecido, Ismael Franz. Él se llama Kirk. Lee…

Herb Miller leyó el telegrama. Su mirada se elevó lentamente, pulgada a pulgada, hasta fijarse en Kirk. El joven tragó saliva. El locutor de la
E. B. C.
era tan joven como él mismo. Ahora también parecía tan horrorizado como su visitante.

—No es posible —susurró—. No es posible…

—Eso dije yo. Y mamá —habló roncamente Kirk—. Pero es la realidad. Hemos ido a identificar el esqueleto. Era de papá. La herida no admite dudas. Las radiografías coinciden exactamente.

—Dios mío… —Herb se frotó la mandíbula, asustado—. Y ¿qué podemos hacer? Emitir esto significaría provocar el terror. Hay otros dos desaparecidos en este estado: los hermanos Blassetti, de Flower Land… Y, además, asustaremos a todos los agricultores.

—¿No hay motivo para asustarles?

—Sí, claro… —Miller releyó el telegrama—. ¿No hay posibilidad de error?

—Ninguna.

—Igual que la «marabunta» brasileña —jadeó Herb—. Dicen que, cuando surge, cada cierto período de siglos, lo arrolla todo. Y devora a todo ser viviente, hombre o bestia.

—Aquí no hay «marabuntas», Herb —le recordó sensatamente su compañero.

—¡Infiernos! ¿Crees que no lo sé? —Le dio el telegrama—. Toma, difunde eso por la Emisora. Quizá se rían de nosotros, pero estamos obligados a emitirlo. Le guste a la policía, o no.

—¿Crees que es un asunto para la policía?

—¿Y yo qué sé? —Se volvió a Kirk—. ¿Ha visitado usted a los forenses y expertos del laboratorio que hicieron él examen del esqueleto?

—Si.

—¿Qué le han dicho? ¿Cómo pudieron convertir a un hombre vivo en un esqueleto?

—Eso es lo horrible. Aseguran firmemente que fue roído por «Algo», unas mandíbulas, dientes o cosa parecida, se comieron a mi padre; sólo dejaron el esqueleto pelado, limpio de todo rastro comestible.

Estaba pálido y a punto de llorar. Herb Miller lo comprendía muy bien. Él mismo sentía un cosquilleo frío por la espina dorsal, y algo que erizaba los cabellos de su nuca. Y eso que el muerto no era su padre.

—Muchacho, siéntese. Le traerán algo fuerte para que se anime —hizo un gesto a su colega, que asintió—. Yo, siento no poderle ayudar. Salgo ahora para Maine, y la verdad es que tampoco creo que resolviera nada quedándome aquí. Lo que yo puedo hacer lo hará cualquier otro, usted lo sabe. Sólo soy un locutor, amigo de los agricultores, no un policía ni un científico. Ese fenómeno atroz ha de tener una explicación lógica. Las autoridades la hallarán antes que yo. De cualquier modo, volveré el lunes. Entonces nos veremos y hablaremos sobre este asunto, señor Franz.

—Sí, señor Miller; gracias —sonrió débilmente Kirk Franz—. La verdad es que a usted le considero algo más de lo que ha dicho. No es sólo un locutor, sino un verdadero amigo para todos. Yo… yo confiaba en usted. Esperaba que me sacara de este abismo de horribles dudas que tengo.

—Mucho me temo que nadie pueda hacer tal cosa, amigo mío. —Herb palmeó su espalda cordialmente—. De cualquier modo, esté seguro de que haré cuanto pueda… el lunes. Mientras tanto, los demás harán lo mismo o más de lo que yo haría. Lamento

defraudarle, pero no soy un superhombre, sino un simple funcionario que cumple una misión.

Estrechó con calor la mano de Kirk Franz. Lo último que vio, antes de abandonar la Emisora, fue la expresión triste, vacía y lejana de sus ojos azules. Le miraba como si todo hubiera dependido de él, y ahora no esperase ya ninguna ayuda.

En la calle, Herb Miller subió a su aerodinámico y triangular turbomóvil, de motor a turbinas, que despegó y arrancó por su ruta urbana, a unas pulgadas del suelo, volando casi a ras del asfalto acotado para los vertiginosos vehículos de la época. Sobre la cabeza de Herb, la capota transparente, cristalina, de forma semioval, hendía el aire frío de aquel mediodía neoyorquino.

Apenas si detuvo un momento el vehículo, ante el indicador luminoso de rutas y carreteras. Descubrió el punto rojo que señalaba el corte en todas las carreteras hacia Connecticut, Massachussets, New Hampshire y Maine, excepto las dos principales, que llegaban hasta New Hampshire, como máximo y quedaban cortadas a partir de allí. Sus amigos tenían razón. Maine era inaccesible.

Se encaminó a la Gran Central Station. Consultó el horario y marcha de los trenes de las rutas del Norte. Todos funcionaban, aunque con grandes retrasos. El expreso canadiense circulaba con locomotora nuclear, provista de mecanismo quitanieve. Había mucha demanda de billetes para aquel tren. Herb tuvo que guardar cola y dar una buena propina para que le reservaran un asiento en el tren, que tenía su salida dos horas más tarde.

Ya con el billete en el bolsillo, sintióse más tranquilo. Se encaminó a la torre plástica donde se hallaban los restaurantes de la estación, y pidió un frugal almuerzo, mientras solicitaba nuevamente una conferencia telefónica con Maine, tan en vano como resultara anteriormente. Las líneas con Maine seguían interceptadas en su totalidad a causa de los trastornos meteorológicos.

Herb Miller volvió a acordarse de Kirk Franz y de su lánguida mirada azul. Se estremeció, al evocar el contenido de aquel telegrama. ¿Qué clase de fenómeno podía producir la eliminación total de un hombre, hasta el punto de dejar como único residuo su esqueleto, limpio de todo otro atributo humano?

Los investigadores señalaban la presencia de «algo» que había «roído» los huesos. Una especie de bestia monstruosa, o de enjambre gigantesco, capaz de devorar a un hombre sin darle tiempo a huir, a luchar, a defenderse…

Eso podía suceder en los trópicos, en las novelas de «ciencia ficción» y en los cuentos de terror, pero jamás en la vida real. ¿Qué era lo que había destruido a Ismael Franz tan implacablemente?

El Departamento de Agricultura tendría que intervenir en aquel caso y tratar de indagar la causa del atroz fenómeno. Él, Herb Miller, nada podía hacer por los Franz ni por nadie. Lo malo de los agricultores; gente sencilla, de ideas simples, era que le tomaban por algo más que un locutor de radio y esperaban milagros del hombre que, con su voz amiga, les informaba de todo lo que podía suceder y les prevenía de los males que acecharan sus haciendas y cosechas.

Como miembro de la Asociación Nacional Agrícola, Herb se sentía intrigado por el hecho. Como simple ciudadano, no podía imaginarse un horror semejante, en modo alguno.

Pero «algo» había convertido a Ismael Franz en un esqueleto, «Algo» que nadie sabía lo que era…, pero que tenía «fauces para roer» la carne humana, para pelar los huesos de la anatomía de un hombre.

No sentía apetito. Dejó intacto su almuerzo, a excepción de una taza de caldo y un café bien cargado. Luego, se encaminó nuevamente a la estación. El tren de locomotora atómica estaba ya formado en la vía. Sobre la Grand Central Station, el cielo tenía un color blanco grisáceo, cerrado y espeso. La nieve amenazaba también a Nueva York.

Un frío invierno aquél, que daba sus últimos coletazos. ¿Cómo era posible que precisamente en invierno, con temperaturas tan bajas, surgiera plaga alguna en la campiña? Una plaga capaz de comerse vegetales… y hombres.

Apartó de sí aquellas ideas. No quería volver a pensar en ellas. El tornado estaría muy cerca de Maine ya. Quería hallarse junto a Honey cuando el fenómeno atmosférico llegase. No podía olvidar que Honey ocupaba una granja solitaria en lo alto de una colina de Lewiston. Un mal lugar para el azote de un tornado. Un mal lugar para Honey, una mujer sola e indefensa contra las iras de la

naturaleza.

Cuando el ferrocarril de poderosa máquina nuclear, con cuchillas quitanieve en su aerodinámica proa, se puso en marcha hacia el Norte, Herb Miller suspiró aliviado en su asiento de primera clase.

Sólo pedía llegar a tiempo, alcanzar Maine. Y poder estar junto a Honey cuando la furia del tornado fuese mayor.

CAPÍTULO II

HONEY


n New Haven, Connecticut, la locomotora se halló ya con tremendas dificultades a causa de la acumulación de nieve en las vías. Además, seguía nevando con intensidad, y el panorama se presentaba feo para poder llegar a Maine sin problemas.

Pero el tren podría continuar su marcha gracias a las radiaciones térmicas de su horno atómico, y al funcionamiento mecánico, enérgico y firme, de las grandes cuchillas quitanieve.

—¿Saldremos pronto de aquí? —preguntó Herb por la ventanilla, a un funcionario de la estación de New Haven.

—Dentro de cinco minutos, señor —informó el empleado—. Pero sufrirán alguna demora, especialmente los que vayan a Maine. Los caminos están intransitables, y la nieve se hiela en las vías. En Maine nieva poco, pero los temporales de agua y viento están

provocando corrimientos de tierras, tan peligrosos como el bloqueo de nieve. Espero que lleguen, gracias a la locomotora nuclear, pero no sé en qué forma.

Herb dio las gracias al funcionario. Luego, llamó al muchacho de los periódicos, y adquirió un ejemplar del diario vespertino de New Haven.

Se acomodó de nuevo en su asiento confortable, dentro del cálido compartimiento. Los demás compañeros de viaje ni siquiera se habían movido, asustados por el frío del exterior.

Nada más desplegar Herb Miller el periódico, los titulares saltaron bruscamente ante sus ojos, provocándole el efecto de una sacudida eléctrica, pese a que eran los de última página, y no los de primera plana.

Con los ojos dilatados, leyó el sorprendente titular del rotativo:

¡HORRIBLES HALLAZGOS EN CONNECTICUT Y NUEVA YORK!

> Los agricultores Ismael Franz, y Guido y Anthony Blassetti, aparecen muertos. Víctimas de un extraño fenómeno, los tres han sido reducidos al estado de esqueletos.

Y seguía un segundo titular, tan dramático como el primero:

> ¿Tienen razón los expertos al callarse las causas que han motivado la fantástica aniquilación de esos agricultores? ¿Qué se nos oculta, en torno al espantoso fenómeno?

* * *

Honey Allen detuvo su rollcar al borde ele la residencia de Hamilton Kane. El rollcar, con su sistema rodante, que recordaba el de un tanque, aplicado a su ligero fuselaje y motor, resultaba un práctico sistema de traslado sobre las tierras desiguales, irregulares

y cubiertas casi en su totalidad por fango o nieve, a lo largo y ancho de la campiña de Maine.

Con sus deliciosas cejas unidas, en un fruncimiento de preocupación, Honey Allen contempló el cielo hosco, sombrío y cerrado, la distante faz del horizonte, con su neblina gris plomo, causada por el polvo levantado por el viento ululante, que en algunos sitios formaba remolinos de nieve sucia y en otros lanzaba pellas de fango sobre el que se atrevía a desafiar las iras del clima norteño.

A pesar de todo ello, Honey Allen se había arriesgado. Ella había nacido en Maine, y en Maine aprendió a desafiar las furias de la naturaleza, inhóspita y dura durante la mayor parte del año. Pese a todo, las haciendas agrícolas producían incansablemente, en una dura batalla contra el clima, que casi siempre ganaban los esforzados agricultores. Así se hacía grande un país. Y los hombres, en cualquier latitud, luchaban por ello con todas sus fuerzas. Dónde la máquina o la motorización fallaban, estaba el espíritu indómito de la raza para continuar adelante, contra todos los avatares.

Honey reflexionó, detenida junto a la cerca de troncos de la finca de Hamilton Kane. La puerta, agitada por el frío y furibundo aire nórdico, se agitaba y hacía chirriar las tablas y los goznes enmohecidos.

Finalmente, Honey se arriesgó a entrar. Cruzó los amplios campos labrados de la granja de Kane y anduvo hacia la alejada residencia de éste, situada en el centro de los campos de cultivo. El viento agitaba sus ropas, alzaba su falda y la enrollaba en torno a los bien formados muslos de la muchacha, o adhería la tela contra el cuerpo estremecido de la joven.

No le gustaba salir de casa con aquel tiempo. Además, era probable que pronto hubiera un tornado sobre Maine. La radio no funcionaba bien en aquellos días, a causa de los fenómenos atmosféricos, pero Honey no necesitaba enterarse por los boletines meteorológicos para suponer lo que el clima podía reservarles en un futuro inmediato. Habíase criado en el campo, y poca gente podía preveer como ella el tiempo que haría más tarde.

Precisamente era el miedo a ese tornado lo que le había llevado aquella tarde allí. Hamilton Kane poseía las tiendas plásticas, a prueba de tornados y ciclones, desde que ella se las prestara en una

ocasión, y no se las había devuelto aún. Honey sabía que las necesitaría ahora. El tornado podía arrancar de cuajo los muros y techos de su vivienda, pero sería más difícil combatir la firmeza de los plásticos flexibles, adheridos a tierra por medio de bloques ventosa de gran fuerza adhesiva, que emitían unas determinadas ondas, capaces de crear en torno a las tiendas de plástico una especie de barrera o envoltura invisible, de fuerza magnética refractaria a la fuerza misma del ciclón, el huracán o el tifón de turno.

Hamilton Kane era un mal vecino. Un hombre duro y agrio, poco dado a colaborar. Honey, ante la proximidad del tornado, a juzgar por los pronósticos y el aspecto mismo de tierra y cielo, le había pedido por teléfono las dos tiendas plásticas que podrían proteger a su personal agrícola y a ella misma. No halló sino excusas, en principio. Y el silencio después. Hamilton Kane no estaba en casa o no descolgaba siquiera el teléfono.

Honey no estaba dispuesta a aguardar más. No sólo por ella, sino por el personal, quería tomar precauciones contra el tornado. Hamilton Kane había tenido tiempo de adquirir él mismo unos equipos a propósito. Casi todos los granjeros locales disponían ya de ellos, pese a su elevado precio.

Era como cruzar un panorama de pesadilla. Tierras ásperas, labradas profundamente, con hondos surcos, entre los que subían los tallos de un verde débil aún, casi enfermizo, como encorvados por la dureza del clima ambiente. Al fondo, nubarrones negros, que se agrisaban sobre su cabeza. Árboles pelados, agitados por el aire huracanado, que los sacudía con estremecimientos crujientes, como fantasmas esqueléticos o abstractas esculturas retorcidas, que una mano demente había salpicado por la campiña, casi con ira. Al final de su sendero, oscura y desapacible, inhóspita y descuidada, la casa de Hamilton Kane, el granjero aislado, solitario, que no parecía preocuparse por nada.

—¡Kane! —llamó Honey—. ¡Kane! ¡Hamilton Kane!…

Nadie respondía. A pesar de ello, Honey seguía llamando, mientras avanzaba, a paso rápido hacia la silenciosa casa:

—¡Kane! ¡Hamilton Kane, responda! ¡Sé que está en casa! ¡Y he venido a por lo mío!…

El silencio continuó siendo la única respuesta.

Pero Honey no se dio por vencida.

* * *

Hamilton Kane torció el gesto. Un relampagueo de ira cruzó sus ojos. Miró de reojo hacia los campos de labranza, por donde venía Honey. Juró entre dientes al estrujar entre las manos duras, nervudas, el plástico verde y naranja de las dos tiendas especiales para tifones, tornados y toda clase de fenómenos atmosféricos catastróficos.

—¡Esa maldita muchacha!… —farfulló—. Tendré que devolverle las tiendas… ahora que no dispongo de dinero para adquirir otras… ¡y el tornado está encima! ¡El diablo la lleve!…

—¡Kane! —llamó la voz de Honey Allen—. ¡Hamilton Kane, sé que está en casa! ¡Y he venido a por mis tiendas!

El gesto del agricultor se endureció todavía más. Una luz maligna fulguró en el fondo de las pupilas. Pareció tomar una decisión. Se incorporó vivamente.

—¿Por qué he de devolvérselas precisamente hoy? —jadeó—. ¡Ella tiene dinero, tiene una granja importante, que le produce mucho al cabo del año! ¡Ella la cuida día y noche, no como yo, que soy incapaz de mantenerme en el trabajo cotidiano, tan duro, que estas tierras exigen! ¡No se las devolveré! ¡Fingiré que no estoy en casa! ¡Me ocultaré en los campos del canal, donde ella no irá a buscarme!…

Había tomado su resolución. Cargó con las dos tiendas que, plegadas, ocupaban muy poco espacio. Su peso era mínimo. Se dirigió hacia la puerta posterior, salió por ella, y lanzándose a la carrera hacia la zona sur, en dirección contraria a aquélla en que se hallaba ahora Honey Allen.

Recorrió un amplio trecho, y salvó a la carrera, luchando con la fuerza contraria del viento huracanado y gélido, el puentecillo metálico que atravesaba el sucio canal de agua de regadío.

Miró atrás. Vio, recortada contra el gris pizarroso, hosco, del cielo de la tarde, la figura de Honey, cerca ya de la vivienda. Sonrió, mientras ocultaba las piezas de plástico llameante, fluorescente, de vivo verde y radiante naranja, junto al canal. Sacudió sus manos, sucias de fango, mientras se incorporaba.

Entonces lo vio.

Estaba justamente ante él. A no más de dos metros de distancia. Lo miró, sin dar crédito a sus ojos.

Jamás, en pleno invierno, con aquel clima frío, con aquel tiempo endemoniado, un solo insecto había sobrevolado los sembrados. Y ahora eran cientos, miles de ellos.

Formaban una espiral espesa, que parecía haber bajado de las propias nubes, bajas y plomizas. Era una masa de insectos oscuros, ruidosos, insólitos y repelentes.

—¡Peste de bichos! —farfulló Hamilton Kane, contemplándolos asombrado—. ¿Cómo pueden sobrevivir a este frío, y volar en enjambre todavía?

Pudo haber retrocedido, haberse marchado. Acaso hubiera podido hacerlo. Pero cometió un error. El mayor de todos.

Dio unos pasos adelante y manoteó contra los insectos en enjambre, que habían picoteado ya ávidamente varios tallos de sus plantas. Fue algo espantoso.

Hamilton Kane no supo lo que sucedía. Pero vio cómo estaba sucediendo. Y chilló.

Chilló horrorizado, angustiado, trémulo, lleno de estupor y de pánico sin límites. Echóse hacia atrás, con las manos ante el rostro, aullando:

—¡No! ¡NOOO! ¡Eso… no! ¡No… NO PUEDE SER!… ¡Noooo!…

Luego, nada. El enjambre le rodeó. Pero «aquello» había sucedido ya. Y Hamilton Kane, el agricultor desordenado, perezoso y malintencionado, se vio metido dentro de «ello». Sin solución. Sin escapatoria.

Su chillido se ahogó en un estertor, en un extraño gorgoteo, mientras su cuerpo se bañaba en algo rojo y oscuro, espeso y cálido… Y un zumbido sordo, profundo, siniestro, puso remate a la escena horripilante.

Luego, apenas nada. O nada. Absolutamente nada…

De Hamilton Kane sólo quedó un rastro horrible.

Un esqueleto blanqueando bajo las nubes plomizas.

* * *

Honey miró en torno. Escudriñó las tierras de labranza, solitarias

y silenciosas. El aire era cada vez más intenso y frío, más cuajado de humedad y de hostilidad.

Un ramalazo de color y de luz la atrajo en el acto. Dos notas policromas, violentas, llamaron a sus ojos. Verde y naranja. Los colores de sus tiendas de plástico.

Miró hacia allá. Vio los amasijos de tejido plástico. Más lejos, le pareció ver un enjambre de insectos. Eso era absurdo.

Se aproximó rápidamente al canalillo. Cruzó el puente metálico, reflejado en gris y siena sobre la superficie sucia de las aguas de la acequia. Se inclinó y retiró las piezas de tejido plástico de la rendija que formaban las piedras y la barandilla metálica que bordeaba la acequia.

Tomó las dos tiendas, se las puso bajo el brazo y miró en torno, sin entender por qué Hamilton Kane había llevado su egoísmo y falta de solidaridad a ocultar allí las dos tiendas.

—Pudo habérmelas devuelto —musitó ella—. Yo le hubiera cedido una para protegerse del tornado que nos amenaza.

Pero eso nunca llegó a saberlo Hamilton Kane. Murió estúpidamente, sin poder saber que su propia vileza le había condenado a aquel horror en el campo de labranza.

El zumbido hizo alzar los ojos a Honey. Contempló de nuevo la espiral zumbante que evolucionaba sobre las tierras. Dio un paso hacia la masa de insectos. Y otro.

Luego lo vio.

Estaba allí, entre dos montículos de tierra labrada, en una de las zanjas. Yacía junto a los tallos triturados, acribillados por voraces mordeduras.

Un esqueleto.

Honey chilló. Chilló como nunca había chillado. Y se alejó precipitadamente, a la carrera, tras soltar las telas plásticas, tropezando y cayendo, en su afán de huir de aquel lugar, de aquel esqueleto humano, espantosamente rígido, sobre el que revoloteaba aquel frondoso enjambre de insectos.

Mientras tanto, la espiral de insectos pareció volar, zumbante, hacia ella, pareció perseguirla unos instantes.

Luego, planeó sobre las notas de color de las dos piezas plásticas. Descendió sobre ellas, quizá curiosamente.

Honey Allen, corriendo como alma perseguida por el diablo, no

pudo saber entonces que «algo», tan horrible y perverso quizá como el diablo mismo, había estado a punto de perseguirla… y alcanzarla.

CAPÍTULO III

ZUMBA LA MUERTE


l «*sheriff*», ceñudo, desvió la mirada del negro horizonte. El aullido del viento ponía en el desierto terreno de cultivo una nota lúgubre, lastimera, siniestra casi. La tarde tenía un color ceniciento, espectral.

—Dios mío —gruñó Art Morrison, representante de la ley en el condado—. El tornado… y ahora esto. Lo único que nos faltaba.

Contempló, estupefacto, la osamenta blanquecina, pulida, estremecedora, que se ofrecía a sus ojos, sobre un lecho de hojarasca y tallos brutalmente acribillados por alguna plaga agrícola. Aunque a Morrison le hubiera gustado saber qué clase de plaga podía existir en pleno invierno, con un tornado a dos pasos dispuesto a barrerlo todo.

—¿Cuánto… cuánto tiempo puede llevar eso ahí? —inquirió débilmente Honey Allen, con su valor muy mermado tras el horrible

hallazgo.

—No sé. Un cuerpo humano tarda mucho tiempo en convertirse en un simple esqueleto. Años… Pero ese esqueleto no pudo estar aquí durante años. Mire los tallos verdes bajo sus costillas. Alguien lo trasladó aquí, es evidente. Quizá el propio Hamilton Kane.

—¿Un… asesinato?

—No necesariamente —reflexionó el «*sheriff*»—. Pudo ser un hallazgo. Y Hamilton lo usó para asustarla a usted.

—Pero dejó mis tiendas ahí, junto al canal. Usted las ha visto. No tiene sentido venir aquí con las tiendas, y poner un esqueleto para asustarme.

—No, claro. —Morrison se rascó la cabeza, bajo su gorra de uniforme. Apoyó un pie en el estribo de su aerodinámico turboranger, amarillo y blanco, con el emblema de la ley en las curvas portezuelas bajo la cabina de vidrio plastificado—. La verdad, Honey, es que no lo entiendo. Pero me llevaré… eso a Lewiston. Los médicos juzgarán mejor que yo. Es asunto para ellos primero, y para mí después. Vamos, Honey. ¿Se atreve a venir conmigo y… con ese huésped?

Señalaba al esqueleto. Honey se estremeció, contemplándolo fijamente. Volvió la cabeza cuando el «*sheriff*» se inclinó y recogió el armazón de blancos huesos marfileños. Lo tomó con suma precaución para no desmontar sus articulaciones. Y, cosa rara, no se desmontó. Como si sus nervios y articulaciones todavía estuvieran tirantes.

Lo envolvió en una manta de fibra artificial y lo situó en la parte posterior del vehículo. Cerró de golpe la portezuela de atrás.

—En marcha, Honey —volvió a escudriñar el cielo, hacia el norte—. Si ese tornado no empieza a tumbar casas y árboles dentro de un par de horas, es que yo no sé nada de meteorología ni de fenómenos atmosféricos.

Honey subió de un salto junto al representante local de la ley. El joven y fornido Morrison inspiraba confianza. Pero, por una rara circunstancia, a Honey no la calmaba su presencia esta vez.

—Oiga, Honey, he observado algo raro en ese esqueleto —dijo bruscamente Morrison, deteniendo el turboranger junto a la zanja donde Honey dejara caer las tiendas plásticas al huir.

—¿Sí? —Ella se estremeció, abrió la portezuela y recogió ambas

tiendas, que aparecían intactas. Se volvió al «*sheriff*», a la vez que volvía a cerrar y se acomodaba junto a él—. ¿Qué es, Morrison?

—No sé, pero… todavía recuerdo aquella vez que Hamilton Kane se hizo ladrón de granjas ajenas, cuando las cosas le fueron mal. Le sorprendí en la de Gus Kipper, y le di el alto, sin saber que era él. No se detuvo, y disparé. Le herí con mi escopeta de caza en un brazo…

—¿Y bien? —Honey enarcó las cejas, sin comprender.

—Ese esqueleto… —señaló atrás, con el pulgar—. Tiene el húmero izquierdo acribillado de señales de perdigones. Raro, ¿eh?…

Honey Allen no supo si era raro o no. Pero un frío extraño la invadió, y todo el suave y rubio vello de su piel tersa y juvenil, se erizó súbitamente, bajo un ramalazo de terror instintivo.

—Dios mío —fue lo único que acertó a decir—. Dios mío…

El turboranger se bamboleó, azotado por un ramalazo violento de lluvia y de aire huracanado. Al fondo de la carretera que acababan de alcanzar ya, el cielo tenía un color negro intenso, que borraba las viviendas de la ciudad, convirtiéndolas en una mancha oscura y opaca.

—Creo que me equivoqué —suspiró Morrison, sombrío—. Predije para dentro de dos horas la llegada del tornado… y no van a pasar ni veinte minutos sin que lo tengamos encima, Honey.

* * *

Herb Miller saltó del tren y lanzóse impetuosamente dentro del sólido edificio metálico de la estación ferroviaria de Lewiston. Una estación que databa de 1980, y que por tanto había sido construida a prueba de fenómenos atmosféricos, por violentos que fueran.

La encontró repleta de refugiados. Rostros pálidos, convulsos, atemorizados por la virulencia del tornado. Fuera, tras las vidrieras irrompibles de vidrio plastificado, torbellinos de polvo, tierra, agua y fango, se precipitaban sobre edificios y coches, en la avenida arbolada que iba de la estación a la ciudad. Y de la arboleda poco quedaría en pie cuando el tornado pasara.

—¡Llega usted a tiempo, amigo! —dijo alguien, a su lado, en la vasta sala de la estación, donde se hallaba el restaurante, las

oficinas de cambio, puestos de libros y revistas, cinematógrafo, etc., etc.—. Dentro de un par de horas no habrá tren que llegue a Lewiston, a no ser que lo haga volando.

Podía ser un chiste, pero nadie se echó a reír. Las circunstancias pesaban mucho. El tornado había aterrorizado a la ciudad. Posiblemente, a todo Maine.

—Ese tren atómico es una maravilla —comentó otro viajero, del tropel que se precipitaba ya a refugiarse en la sólida edificación—. De no ser por él, hubiéramos saltado en pedazos por el camino.

Herb Miller miró alrededor, impaciente y preocupado. Fuera, la ciudad era como un juguete sacudido por un ciclón. Los árboles saltaban, arrancados de cuajo, se doblaban como si fuesen de cera, o se precipitaban contra los edificios, muchos de ellos tan astillados que sólo servirían para encender un buen fuego, cuando aquel alud meteorológico pasara.

Más de una décima parte de la población debía de estar apiñada en las vastas salas, corredores y escaleras de la estación, con la mirada llena de terror fija en el exterior, donde la furia de los elementos constituía un espectáculo wagneriano, terrible y devastador.

No vio a Honey Allen entre la gente. Herb se estremeció al pensar que ella pudiera estar allá afuera, en pleno tornado. Se volvió a un hombre que pasaba junto a él, y descubrió que era funcionario de los ferrocarriles. Le aferró por un brazo.

—Oiga, amigo, ¿hay algún otro edificio capaz de albergar gente de Lewiston? Un edificio sólido, que resista ese zarandeo, por supuesto…

—Sólo dos tienen garantías suficientes para eso, señor —sonrió el funcionario tristemente—: El Consistorio y el hospital. Creo que están llenos de gente refugiada.

—¿Lo cree solamente?

—Sí. No funciona el teléfono. Ni dentro ni fuera de la ciudad. Prácticamente, estamos incomunicados con todo el país… y entre nosotros mismos.

—¿Incomunicados con el país? —Herb arrugó el ceño—. Pero el telégrafo, la radio…

—El telégrafo no funciona hace ya varias horas, y los operarios no pueden salir a reparar las posibles averías; ni siquiera han

podido localizarlas, señor.

—¿Y la radio?

—Es inútil permanecer a la escucha de cualquier emisora o intentar comunicar con nadie. Sólo se oyen parásitos, estruendo, zumbidos y toda clase de ruidos de interferencia, señor.

Herb se quedó perplejo. Conocía tornados y tifones de muy duras consecuencias. Pero aquél superaba todos los pronósticos. Había ido a meterse en un terrible lugar aislado, bloqueado del resto del mundo exterior.

—Bueno, la cosa no es agradable que digamos —suspiró—. Menos mal que aún funciona él ferrocarril…

—Funcionaba, señor —rectificó suavemente el empleado.

—¿Eh?

—Su tren es el último que llega o sale. No podemos salir de Lewiston ni recibir a nadie. Las carreteras están cortadas, los aeropuertos cerrados… y, cuando pasó el último tren, un desprendimiento de tierras ha cegado las vías para una semana, al menos.

Herb Miller se dejó caer, mientras el funcionario se alejaba. Abatido en el asiento del bar de la estación, reflexionó sobre aquel alud de calamidades. En la EBC tendrían que pasarse sin su locutor agrícola más tiempo del previsto. Estaba tan lejos de Nueva York como si se encontrara en pleno Polo Sur.

—Si al menos Honey estuviera a salvo, en lugar seguro… —musitó, esperanzado.

Pero sólo había tres lugares en donde podía estar ella en esas condiciones: el Consistorio, la estación y el hospital. Y en la estación no se hallaba. Quedaban aún dos posibilidades.

Nerviosamente, Herb encendió un cigarrillo. Él no era pesimista. Pero todo aquello que le rodeaba le hacía sentirse incapaz de pensar nada agradable.

Tras un rato de meditación, fue al mostrador y pidió un doble café caliente. Se lo sirvieron y lo apuró de un trago. Regresó a la nave central de la aislada estación. De vez en cuando, el impacto de un tronco arrancado de cuajo, resonaba con un chasquido estremecedor en toda la estación. La gente, despavorida, volvía sus rostros de color limón y contemplaban cómo el tronco rodaba luego calle abajo.

Un turbomóvil abollado apareció de pronto ante la estación. Era un coche de alquiler urbano. De él saltó un taxista, que corrió a precipitarse en el seguro refugio de la estación. Entró dando aullidos:

—¡Es como viajar por un infierno! ¡Las mejores granjas de la región han sido arrancadas de cuajo por el tornado! ¡En las colinas, he visto volar por los aires las granjas de Hamilton Kane, de Honey Allen, de Gus Kipper, de Glenn Fowler y de…!

Herb no quiso oír más. Tiró el cigarrillo y corrió hacia el taxista. Le aferró por la solapa, ante la sorpresa de éste, que le miró sobresaltado.

—¿La granja de Honey Allen? —gritó Herb—. ¿La ha visto volar por el aire?

—Sí, amigo. Como si la levantaran a pulso… —Le miró, irritado —. ¿Qué le ocurre? Usted no es de aquí…

—Dejemos eso. ¿Me alquila su coche?

—¿Está loco? —señaló al exterior—. ¡El viento, la lluvia y los troncos de árbol, despedazarán mi coche, viaje o se quede quieto! ¡Y no será estando yo dentro!

—No digo eso. Sé conducir un coche. ¿Me lo alquila a mí?

—Oiga, señor, usted no debe de estar bien… —gimió el taxista —. ¿Sabe lo que es un tornado como éste?

—Creo que sí. Soy de la Sección Meteorológica Agrícola de Nueva York —informó Herb—. Le doy mil dólares por llevar su coche durante una hora.

—¡Una hora! ¡Ni siquiera durará cinco minutos al volante!

—Eso es cuenta mía.

El taxista le miró, atónito. Luego, vio el billete de mil dólares. Se encogió de hombros, y se embolsó rápidamente el billete.

—Hay tipos que se apoyan una pistola en la sien. Otros se tiran por un puente —enumeró—. Usted parece preferir esa muerte. Allá usted. Es muy dueño de suicidarse como guste. Suyo es el coche. Lo había dado por definitivamente perdido ya, incluso sin estos mil dólares. Todo lo que le prometo es una buena corona de flores, para cuando el tornado termine.

—Muy amable. No olvide su promesa —rió Herb entre dientes, y echó a correr hacia la salida de la estación.

—¡No lo haga, señor! —gritó alguien, tratando de detenerle.

Pero nada ni nadie podía detener al fornido y atlético Miller, estando en juego la vida de Honey Allen. Poco después, ante la mirada estupefacta de un centenar de personas, el coche abollado, tambaleante, se perdía por la alameda, hacia el interior de la ciudad convulsa, sorteando milagrosamente los árboles y los fragmentos de edificios, o luchando titánicamente con los torbellinos de aire demoledor.

—Es un suicida —gruñó el taxista—. Pero conduce como los ángeles, amigos. Si hay alguien capaz de salvar mi coche y salvarse él, dentro de ese caos, es ese tipo de todos los demonios.

Y muchos estuvieron de acuerdo con él.

* * *

El doctor Carl Eastman suspiró. Frotó con calma las lentillas de contacto y luego se las aplicó a sus ojos, muy azules y cándidos, pero terriblemente agudos y sagaces. Junto al blanco de su bata, su cabello abundante y su recortado bigote parecían plateados.

—Es lo más raro que jamás he visto —confesó lentamente.

Honey Allen y el «*sheriff*» Morrison le miraron fijamente, en espera de nuevas aclaraciones. El director del hospital de Lewiston y vicepresidente de la Unión Químico-biológica de Maine, adscrita al Departamento de Investigación Científica del Estado, tardó en hacerlas, sin embargo.

Había salido del laboratorio con un aire extraño de perplejidad y duda, que no era habitual en él. Ahora, enfrentado a sus visitantes, dentro del crujiente pero sólido edificio, sacudido por la virulencia del tornado, parecía más lleno de dudas aún.

—¿Y bien, doctor?… —apremió Morrison—. ¿Qué es lo que sucede con ese esqueleto?

El químico enarcó sus cejas canosas. Estudió al fornido y pelirrojo «*sheriff*» local, y luego a la rubia, esbelta, decidida muchacha que se alzaba junto a él. Los ojos pardos de Honey, tenían habitualmente la dulzura de su propio nombre[1]. Pero ahora resultaban singularmente duros y graves, y se mantenían fijos en él.

—Imagino lo que siente, Honey —dijo con calma el médico—. Hallar una cosa así nunca es agradable. En especial, para una mujer, por valerosa y resuelta que sea. Y usted lo es. Pero lo que tengo que

decirles ahora es mucho más serio y más terrible que todo lo que puedan imaginar. Ni siquiera sé si debo revelar lo que he averiguado. Mi misión sería informar primero a las autoridades. Desgraciadamente, el bloqueo es total para Lewiston. No podemos comunicar siquiera con la capital del estado.

—Bien. En ese caso, doctor, yo soy ahora la autoridad máxima —dijo lentamente Morrison—. ¿Va a decirme lo que ha descubierto?

—No hay otro remedio.

—Adelante, pues. ¿Cuánto tiempo cree que lleva muerto ese hombre? ¿De qué época datan esos restos humanos?

—De unas horas…

La revelación era inaudita. Morrison parpadeó. Honey se echó atrás y humedecióse los labios, presintiendo algo horrible e insólito.

—¿Bromea, doctor? —jadeó el «*sheriff*».

—Usted sabe que no lo haría en una cosa así, Morrison.

—¿Entonces…?

—Dije la verdad. El esqueleto data de unas horas.

—¡Imposible! Un… un cuerpo humano no… no se reduce así a…

—A esqueleto, ¿verdad? —El doctor meneó la cabeza—. Usted tiene razón. Hacen falta años para ese proceso. Pero deje morir a un hombre en poder de unos caníbales. ¿Qué tardarán éstos en dejar limpios sus huesos?

—Cielos, es diferente. Los caníbales… los caníbales se comerían al hombre y…

—Justamente es lo que ha ocurrido ahora. *Se han comido* a Hamilton Kane. Era su esqueleto, Morrison… *y alguien devoró lo que falta*.

Honey lanzó un grito terrible. Y se desvaneció. Morrison llegó justo a tiempo de tomarla en brazos. Sin dejar de mirar al doctor, con un rostro mortalmente blanco y los ojos desorbitados de forma horrible, exclamó:

—¡Doctor! ¡No es posible! ¡Canibalismo en Lewiston! ¡Suena… suena a locura!

El doctor Eastman asintió despacio, mientras atendía a la desvanecida muchacha.

—Sí, amigo mío. Canibalismo en Lewiston. Ése es el hecho concreto. Pero tendrá que buscar a un caníbal o caníbales de muy

extraña naturaleza. Concretamente, a unos seres que poseen unas mandíbulas capaces de roer en vivo a un hombre… y que dejan en sus huesos una sustancia blanquecina, un humor desconocido. Algo que podría ser baba, saliva o jugos gástricos… *Pero que hasta ahora jamás había analizado yo, ni químico alguno en el mundo.*

Morrison parpadeó, sin entender.

Súbitamente, a sus espaldas, la puerta se abrió violentamente. Los dos hombres se volvieron en redondo, sobresaltados. Alguien apareció en la entrada, y gritó, señalando a Honey, inmóvil en brazos del «*sheriff*»:

—¡Honey! ¡Honey querida! ¿Qué le ocurre?…

—A ella nada, señor —respondió serenamente el doctor Eastman —. A ella, nada. Entre y serénese, por favor.

—Sí. Y dígame otra cosa: ¿quién es usted y de dónde viene? — Gruñó Morrison, rehaciéndose con dificultad.

Herb Miller respondió a todo eso. Luego, sus brazos tomaron a Honey Allen. La depositó en un sillón, e inclinóse solícito sobre ella.

—¿Cómo ha llegado hasta el hospital, señor Miller? —se interesó Morrison—. El tornado lo arrolla todo en estos momentos.

Herb también refirió su aventura en pocas palabras. Honey tardaba en recuperarse. Miller deseó saber, al terminar su relato:

—¿Qué le ha sucedido? ¿Recibió alguna herida, algún golpe?…

—No, mi querido señor Miller —suspiró el doctor Eastman—. Lo que le sucede a su prometida no tiene nada que ver con el tornado. Simplemente, sufrió un fuerte «*shock*» hoy. Y una sorpresa demasiado grande hace un momento. Todo eso fue excesivo para ella. No lo soportó.

—Es lógico, doctor —murmuró Morrison—. Nadie puede estar bien después de encontrarse con un esqueleto y…

Se interrumpió, temiendo haber hablado demasiado. Miró de soslayo al doctor Eastman, que tenía una mirada de reprensión para él. Luego captó el gesto horrorizado de Herb Miller, el forastero que tanto se interesaba por Honey Allen.

—¿Un esqueleto? —jadeó Herb.

—Sí. Vale más que hablemos de eso en otra ocasión —eludió—. Es un asunto confidencial, que sólo compete a la autoridad.

—No… no habrá sido… un esqueleto hallado en un campo de cultivo… entre tallos y brotes comidos por alguna plaga…,

¿verdad?

Herb había desgranado lentamente aquellas palabras. Morrison se estremeció. Boqueó, con los ojos muy abiertos. Mentalmente, evocó algo que había pasado por alto. Vio, con los ojos de la imaginación, unas zanjas de tierras cultivadas, plantas verdes, a medio brotar, acribilladas por algo, comidas y tronchadas, como si un alud de langostas o de orugas hubiera pasado por allí.

—¿Cómo… *cómo* sabe eso? —dijo roncamente, con una palidez en su rostro que hizo enarcar las cejas al doctor y mantener su mirada fija en el forastero.

Herb Miller no dijo nada. En vez de eso, tiró a las manos de Morrison el periódico doblado que llevaba en un bolsillo. El policía del estado leyó los titulares de la última plana. Herb exhibió su carnet de identidad.

—Soy de la Asociación Agrícola Nacional, Departamento de Meteorología. Colaboro en la emisora
E. B. C.,
de Nueva York. Puede hablar en confianza conmigo, «*sheriff*».

El doctor Carl Eastman dejó por un momento a la desvanecida Honey. Junto a Morrison, leyó por encima de su hombro la noticia del periódico. Levantó una mirada estupefacta hacia Herb Miller, mirándole fijamente.

—Usted habló de una plaga —dijo lentamente.

—Sí —convino Herb, gravemente.

—Usted es de la Asociación Agrícola —remachó el médico—. ¿Puede aclararme qué clase de plaga campesina puede estar en plena virulencia una hora antes de llegar un tornado como éste, en una región fría… y a casi diez grados centígrados bajo cero?

Herb se encogió de hombros. Había pensado eso nada más oír hablar a Morrison del esqueleto. Luego, él mismo replicó enérgicamente al doctor Eastman, con el más contundente y tremendo de los argumentos:

—¿Y puede decir qué plaga, además de comerse los tallos…, *devora a los hombres*?

El doctor Eastman no contestó. Morrison tampoco. Herb no se sorprendió. Nadie podía contestar a su pregunta. Ni siquiera él mismo, por supuesto.

Capítulo IV

Algo Desconocido



a joven Honey Allen terminó su relato, escuchada en silencio por Herb Miller, el doctor Carl Eastman y el «*sheriff*» de Lewiston, Art Morrison.

Después, un silencio denso se extendió en la reducida sala de experimento y de análisis del doctor. En torno de ellos, la oscuridad se agolpaba sobre los aparatos químicos, los alambiques, los comprobadores, los microscopios y las estanterías repletas de curiosos sistemas electroquímicos y toda clase de recipientes y envases de materias sometidas a análisis.

Un foco de luz lechosa se derramaba sobre ellos, procedente de la lámpara flexible que colgaba sobre la mesa de trabajo. La luz centelleaba, al reverberar en la placa de cristal situada bajo las lentes del microscopio.

Carl Eastman se movió en silencio hacia el adminiculo y aplicó

el ojo al visor microscópico. Meneó la cabeza, con parsimonia y perplejidad.

—Sigo sin entenderlo —confesó—. Esa sustancia no procede de los huesos de Hamilton Kane, ni de parte alguna de su cuerpo. Tampoco de la tierra. Por fuerza tuvo que expulsarla «algo» o «alguien». «Aquello» que devoró al vecino de Honey.

Ésta se estremeció. Su cuerpo se encogió contra Herb Miller, que la oprimió con calor. Morrison tragó saliva, y el movimiento de su nuez produjo el efecto de un pistoletazo, en el silencio del laboratorio. Fuera, allá al otro lado de los sólidos muros del hospital, rugía el tornado, rabioso y virulento, sacudiendo la ciudad, destruyendo fincas, tierras, calles, árboles…

—¿Qué clase de sustancia diría usted que es? —preguntó Herb Miller al químico.

—Si lo supiera… —suspiró Eastman—. Mírela usted mismo. Es un humor similar a la saliva humana, un jugo o líquido extraño, de naturaleza desconocida para mí. Le aseguro que los invertebrados terrestres siempre me han intrigado y atraído. He estudiado a los lepidópteros himenópteros, dípteros y anélidos, a ortópteros y miriápodos, con total y exhaustiva fidelidad. Tengo sus más importantes particularidades, tejidos y materias susceptibles de analizar. Sé cómo reaccionaría químicamente cualquiera de ellos.

—Y éste ¿no reacciona?

—No. Es un producto extraño, incomprensible…

Sencillamente, no creo que en algún insecto o invertebrado de nuestro mundo, de los conocidos y clasificados, se pueda hallar nada semejante, ni siquiera parecido. Yo… yo diría, si no fuera porque la posibilidad resulta fantástica… que es una materia viva.

—*¿Viva?* —Morrison pegó un respingo, inclinándose hacia el director del hospital.

—Me explicaré. —Eastman entrelazó los dedos de ambas manos, concentrando sus pensamientos—. Toda materia vive en nuestro mundo, porque está demostrado científicamente que hay vida en las moléculas, en los átomos… Vida independiente de la nuestra, formas microscópicas de existencia vital, de pálpito constante. El mundo todo es una máquina fabulosa, que produce vida y vive por sí mismo, en cadena sin fin. Pero no me refería a eso al citar la vida de esa sustancia.

—¿A qué, entonces? —indagó Herb.

—Venga conmigo —pidió Eastman—. Usted entenderá mejor, señor Miller. Contemple por el microscopio lo que yo estoy viendo.

Herb dominó su aprensión. Aquello cada vez le gustaba menos. Pero aceptó la invitación del químico. Se inclinó sobre el microscopio. Lo reguló, sobre la mancha, blancuzca, apenas apreciable, que salpicaba la platina de vidrio situada bajo el poderoso objetivo amplificador.

Se echó atrás, con repentina repulsión, estremecido de horror.

—¡Cielos, no! —gimió—. *¡No puede ser!*…

Eastman endureció su gesto, al captar la expresión alucinada de Herb. Rápido, dio dos zancadas, apartó a Miller y contempló lo que había en el microscopio. Lanzó una imprecación.

—¡*Eso* no lo había visto aún! —jadeó—. ¡Algo está cambiando en esa sustancia! ¡Yo me refería a unas muestras mucho menos claras, más débiles, de existencia orgánica en la sustancia blanca! ¡Pero eso…, *eso es espantoso*!

Herb Miller inclinó la cabeza, demudado, mientras las miradas asustadas de Morrison y Honey no se apartaban un momento de ellos, como temiendo lo peor. Y nadie parecía saber ya qué sería lo peor, al extremo que estaban llegando las cosas.

—Dios mío… —musitó Herb—. Dios mío… *¿Qué es lo que tenemos ante nosotros, doctor?*

Eastman, pegado al microscopio, habló roncamente, con voz rota:

—No sé… ¡No sé!… Sólo sé una cosa, señores: *tengo miedo ¡Tengo miedo!*

* * *

Miedo.

Era una palabra corta y tremenda. Reflejaba con nitidez lo que todos ellos sentían ahora.

Miedo.

Un miedo terrible, inexplicable, inconcreto, pero tremendamente real. Miedo a algo. *Algo* que nadie sabía lo que era.

Y el primero en confesar aquel sentimiento profundamente humano había sido el hombre más frío y cerebral de todos: el

doctor Carl Eastman. Un hombre habituado a moverse en los laboratorios, a escudriñar en el fondo de aquel microcosmos asombroso de lo diminuto.

El doctor Eastman, que ahora contemplaba a Herb, mientras éste, a su vez, dominando su repugnancia sin límites, escudriñaba aquel horror viviente, revelado por el microscopio. Aquellas microcélulas asombrosas, azuladas, reptantes, que se agitaban como un mundo convulso, monstruoso, bajo las lentes poderosas del escudriñador del micromundo. Fantásticas formas, como larvas y microbios ondulantes, de formas idénticas entre sí, sin la menor diferencia estructural, igual que si unas células se adaptaran a otras, con rigurosa exactitud y regularidad realmente increíble. Herb ni siquiera había visto nunca las celdillas de una colmena de abejas o las moléculas de un mismo cuerpo que tuvieran aquella rigurosa igualdad entre sí.

Todos los microcuerpos eran de forma alargada, reptante, como las larvas en fase de metamorfosis de una especie de lepidóptero. Su proporción real sería acaso de un millar en una gota de agua. Sólo que «aquello», espeso y blanduzcoazulado, no era agua, sino una materia viscosa, pegajosa, una baba extraña y repulsiva, de origen desconocido. Acaso existiera también en las plantas carcomidas. Pero no se podría confirmar hasta después del tornado, cuando pudiesen acudir a la finca de Hamilton Kane a tomar muestras vegetales… si algún tallo permanecía aún en tierra, tras el tremendo impacto meteorológico.

—Cada microbio de ese humor tiene vida —comentó Herb—. Pero no es la misma vida que entendemos poseen los microbios normales, ¿no es cierto, doctor Eastman?

—Bien cierto, amigo mío —suspiró Eastman—. Bien cierto…

Hubo una pausa que hizo resaltar el silencio.

—Pero ¿qué clase de vida es ésa, doctor? —Se irritó Art Morrison—. ¿Cómo puede usted saber que no son microbios vulgares? ¿En qué se diferencian de los demás? Lo que yo he visto por ese microscopio parece normal. No soy un experto, pero he visto anteriormente otras cosas similares, y me parecieron iguales.

—Podría extenderme en explicaciones técnicas, que quizá resultarían confusas para ustedes. Prefiero que el señor Miller, un profano en química y biología, le hable de lo que creyó ver o

adivinar en esos microcuerpos, para asustarse y afirmar tan rotundamente como lo hizo, que teníamos *algo nuevo y espantoso ante nosotros*.

Herb Miller apretó los labios, retiró los ojos de la visión microscópica y terrible que tenía ante sí. Se volvió lentamente a los demás. En especial, miró con ternura a la infortunada Honey Allen, pálida y abatida. Sabía que iba a provocar todavía nuevos terrores, nuevas inquietudes en ella. Pero era inevitable. Tarde o temprano, ella tenía que enterarse de eso. Y a fin de cuentas, valía más que ello fuese lo antes posible.

—Honey, ármate de valor —suspiró Herb—. Sé lo que significa enfrentarse de repente a una sucesión tal de cosas espantosas. Pero todos estamos en el mismo trance. No creo que ignorarlo nos hiciera ningún bien.

—Habla, Herb querido —sonrió ella débilmente—. Creo que estoy ya preparada para todo lo peor.

—Esto es *lo peor* —suspiró el doctor Eastman con gravedad—. Por eso hace bien el señor Miller en avisarla previamente. En realidad, ninguno de nosotros está preparado para afrontar cosas así.

Honey se estremeció. Tenía miedo, y no podía disimularlo. Miller se dijo que él también lo tenía, y no ponía tampoco el menor interés en ocultarlo. Hay cosas ante las que un hombre no se avergüenza de temblar, por capacitado que se crea para no sentir miedo.

—Dentro de esa materia viscosa, el doctor Eastman había descubierto formas de vida que no eran exactamente organismos vivos como los de nuestro mundo microscópico. Pero, al parecer, eso era desde un punto de vista puramente técnico, biológico, que un profano difícilmente podía advertir. Yo, en cambio, cuando miré esa muestra sometida al microscopio descubrí que tales microbios evolucionan. Es decir, que en cuestión de segundos, de minutos tal vez, crecen. Se desarrollan en proporciones enormes respecto a su tamaño… y *justamente* por una fracción de segundo. Es decir, se dilatan un instante… y *se puede ver cómo entonces devoran a otros microorganismos iguales a ellos.*

—¡Dios mío! —dijo Honey, mortalmente pálida, temblorosa.

Herb avanzó hacia ella, la rodeó con sus brazos,

protectoramente, mientras concluía, atentamente escuchado por el «*sheriff*» Morrison y el doctor Eastman:

—En concreto, no sólo viven, sino que se nutren de otros seres. Durante la deglución del elegido como festín, crecen terriblemente, en una proporción de casi diez mil a uno. Y entonces, sólo entonces, se descubre en ellos algo parecido a ojos o celdillas de numerosos ojos, a semejanza del órgano visual de una mosca. Ojos que miran hacia el microscopio, hacia la lente de aumento… como si replicaran a nuestra curiosidad y escudriñan, a su vez, malévolamente, al que les escudriña desde el otro lado de sus fronteras vitales.

—Herb, por Dios… —gimió Honey—. ¡Eso no es posible! ¿No será… imaginación tuya, algo que creíste ver, sin ser real?

—No, Honey —negó el doctor Eastman serenamente—. No es imaginación. Yo lo vi también. Y esos microcuerpos también me miraron a mí durante su festín. Yo diría algo más que Herb. No sólo miraban malévolamente hacia las lentes a través de las cuales llegaba mi mirada…, sino que parecían hacerlo con glotona avidez. Como… como…

—Como si desearan devorarle a uno también, ¿verdad, doctor Eastman? —completó Herb Miller, con escalofriante simplicidad.

—Sí —asintió el médico—. Justamente así, Miller.

* * *

Un turbomóvil pasó dando tumbos, hasta estrellarse contra el escaparate, milagrosamente indemne aún, de un almacén de productos alimenticios. El cristal se hizo añicos y rodaron por la calle centenares de latas de conserva y artículos comestibles, que el ciclón arrastró casi cómicamente, por entre árboles desgajados y muros derruidos.

Herb Miller, enjugándose el sudor, se apartó del ventanal del hospital. En el establecimiento sanitario había calefacción para combatir la baja temperatura. Pero no era eso lo que ahora le hacía sudar.

Era la visión de una ciudad dantesca, barrida por un ciclón devastador, un diluvio torrencial, unos remolinos vertiginosos y devastadores, que llevaban la destrucción por doquiera, en una

noche sin luz eléctrica, sin otros medios visuales que los proyectores instalados por el ayuntamiento en el edificio del Consistorio, los de la policía rural, que había afianzado los faros de sus coches en los puntos más sólidos. Las calles, fuera de los reducidos sectores donde caía la blanca luz, aparecían en sombras, en la noche alucinante. En el hospital disponían de la luz creada por su propio grupo electrógeno, y llegaban constantemente heridos o muertos, víctimas del tornado, conducidos heroicamente por voluntarios ciudadanos que, formando un cuerpo de auxilio civil, recorrían la ciudad, sufriendo también numerosas bajas, ante el azote cruel del tornado.

—Un mundo caótico, convulso… y además amenazado por un horror invisible —dijo despacio Herb—. Un horror que nadie sabe de dónde ha podido llegar.

—Nuestra dichosa época del átomo y el progreso —jadeó Morrison tras él, con aire fatigado, paseando en mangas de camisa —. Tenía que traer aberraciones así. Siempre he estado convencido de que la energía atómica incontrolada, las experiencias nucleares y todo eso, traería una alteración de las estructuras fisiológicas, y un día nuestro mundo daría monstruos.

—No es ésa mi teoría, «*sheriff*» —negó Herb lentamente.

—¿No? ¿Qué piensa entonces?

—No lo sé —meneó la cabeza y frotóse la nuca, pensativo—. Pero no creo que el átomo produzca monstruos de ninguna especie. Es ingenuo pensar eso, Morrison.

—Déme otra teoría mejor.

—Y ¿qué sé yo? Ni siquiera el doctor Eastman está seguro de nada… —Herb Miller hundió las manos en los bolsillos, exasperado. Se apartó de la ventana y cerró los postigos—. Si al menos pudiéramos comunicamos con Nueva York, con Washington… Si pudiéramos pedir la ayuda federal, la del Departamento de Agricultura, la de los técnicos en microbiología y en insectos… Pero este maldito tiempo, el aislamiento de transportes, de sistemas de comunicación, el fracaso total de radio, telegramas, correo, televisión… No podemos recurrir a nadie. Estamos lisiados. Aislados, a solas con un caos meteorológico… y una plaga de insectos que devoran seres humanos.

—Una plaga que vive y ataca en pleno invierno, con temperaturas bajo cero, y momentos antes de llegar un tornado —

farfulló Morrison—. ¡Cielos! ¿Qué clase de insectos pueden ser ésos, Miller?

Herb permaneció silencioso. Hubiera querido tener la respuesta para Morrison. Pero no la había. Sabía tanto como él sobre la cuestión. El doctor Eastman estaba encerrado en el laboratorio con aquella muestra viscosa y repugnante, cuajada de microcuerpos antropófagos. Y Honey Allen dormía. Reposaba en un lecho del hospital, bajo la acción de un sedante, administrado por consejo del propio doctor Eastman.

Aquella noche sombría, espesa y hostil de allá afuera, con el azote brutal e impacable de su furia meteorológica y la escasez del fluido eléctrico, de fuerza, de medios de transporte, de contacto entre los ciudadanos, de cohesión con otras urbes y centros oficiales, provocaba un auténtico clima de angustia, de tensión, de alucinante impotencia.

Se imaginó lo que sucedería si la gente de Lewiston supiera que Hamilton Kane había sido devorado por una especie de insectos carnívoros, cuyo rastro viscoso era en realidad un vivero de larvas o microorganismos vivos, que se devoraban unos a otros durante su proceso evolutivo, y que se desarrollaban fantásticamente en el momento de la deglución de la presa elegida. Si se supiera allí lo ocurrido en Nueva York y en Connecticut a otros agricultores… y se enterasen de que el esqueleto hallado por Honey Allen era en realidad el de un hombre devorado por un plaga monstruosa e inconcebible…

El pánico, el terror, provocaría un caos superior al del propio tornado. La falta de medios agravaría la cosa hasta extremos dantescos. Era mejor callar, por tanto. Callar y esperar. Esperar a que el doctor Eastman viera una solución, por transitoria que fuese, un medio de avisar a los servicios nacionales de fumigación, de lucha contra las plagas del campo, a los departamentos agrícolas capaces de combatir la extraña invasión.

Ellos no podían hacer absolutamente nada. Nadie podía hacerlo mientras durase el tornado. Y el aislamiento con respecto a los centros meteorológicos hacía que tampoco se supiera a ciencia cierta lo que duraría aún el fenómeno atmosférico.

—¡Es desesperante! —rugió Herb, irritado, ante la sorpresa de Morrison—. ¡Es como encontrarse hundido en un pozo sin salida!

Airadamente salió de la estancia y cerró la puerta de golpe.

Descendió a la planta baja del hospital, donde se cruzó con enfermeros, auxiliares espontáneos y heridos que entraban en el hospital, ya éste funcionaba en turno permanente de emergencia. Una cola de voluntarios para transfusiones de sangre se hallaba alineada en otro sector del edificio sanitario, a la espera de proporcionar su valioso auxilio a los heridos más graves.

Herb respiró hondo, estrujando los puños con ira. Resueltamente, se encaminó a aquel lugar. Al menos, donaría su sangre a alguien, ya que no podía hacer otra cosa en favor de la gente que le rodeaba, doliente y aterrorizada. En el exterior, el aullido del temporal era escalofriante. Y la oscuridad, hendida sólo por algún que otro haz de luz, servía para incrementar el horror de aquella noche demoníaca.

Ya en la entrada de la estancia donde aguardaban los donadores de sangre, se detuvo. Alguien le había llamado. Y aquella voz no pertenecía a Morrison, al doctor Eastman ni tampoco a Honey.

Era voz de hombre. Voz vagamente conocida, que repitió la llamada:

—¡Eh, Miller! ¡Herb Miller!…

Herb se volvió en redondo, sorprendido. Miró a los enfermeros que traían una camilla. Una más, entre tantas otras, con un hombre yacente, ensangrentado. Herb parpadeó, tratando de identificar a alguno de los sanitarios. Pero no lo logró. Ellos le miraban con una fijeza torpe. Herb enarcó las cejas.

—¿Y bien? —les interpeló.

Ellos iban a decir algo. Entonces se repitió la llamada, más débil y apremiante a la vez:

—Herb Miller… Gracias a Dios que le encuentro…

Entonces supo quién le llamaba. No eran los enfermeros ni los médicos. Era el hombre herido.

Le miró, intrigado, mientras el hombre ensangrentado se agitaba confusamente bajo la sábana. Un enfermero declaró:

—No hace otra cosa que pronunciar ese nombre desde que lo hemos recogido. ¿Es usted tal vez Herb Miller?

—Sí soy yo.

—El infortunado delira. Está muy malherido. Ni siquiera sabemos cómo pudo llegar hasta aquí, en la forma que lo hizo. Sólo

un loco o un héroe haría tal cosa…

Herb Miller dio unos pasos. Había algo levemente familiar en aquel cuerpo tendido, retorcido por el dolor, cubierto de heridas. Un hombre joven, rubio… Unos ojos azules…

Le reconoció, con un grito de estupor:

—¡Kirk Franz! ¡El hijo de Ismael Franz!… —dijo roncamente.

El muchacho asintió, con un suspiro. Sus labios estaban teñidos de sangre. Herb no podía saber si por lesión pulmonar o por cortes en la boca. Deseó que fuera esto último.

—No sabemos su nombre, señor Miller —explicó el sanitario—. Déjenos paso ahora, por favor. Necesita una transfusión urgente. Y una cura inmediata. Le hemos encontrado en la carretera, dentro de un turbomóvil casi destrozado. Parece ser que llegó desde Nueva York, aunque no nos explicamos cómo. Si realmente hizo eso, fue un titán… y, además, tuvo mucha suerte en llegar vivo a Lewiston. Aquí podremos auxiliarle.

—Tengan por seguro que eso es lo que hizo —afirmó Herb—. Yo le vi en Nueva York, antes de subir en el último expreso atómico. De modo que tuvo que salir tras de mí… por carretera.

Y contempló, admirado, al muchacho, mientras lo llevaban adentro. Al pasar junto a él, Kirk Franz se agitó bajo la sábana, incluso extrajo una mano, que rozó el pantalón de Herb y dejó en él una huella sangrienta. Su voz sonó como un murmullo, débil pero enérgica:

—Dios sea loado, Miller. Tenía que verle… Tengo… tengo la clave… Ahora sé… lo que mató a mi padre… Por eso… he venido…

Desapareció en las salas blancas y asépticas, sin dejar de hablar. Herb Miller se quedó quieto, rígido, pensativo. Miró la camilla que se perdía tras unas blancas puertas batientes. Luego, escudriñó en torno suyo la cohorte fantasmal de enfermos, sanitarios, médicos y voluntarios de toda índole.

Kirk Franz podía ser cualquier cosa menos un loco. Era un muchacho de aspecto inteligente. Y muy duro y decidido. Su llegada a Maine así lo confirmaba. Herb no dudaba de que sabía algo. Por eso había volado en pos de él, de Herb.

¿Qué podía saber sobre la plaga que eliminó a su padre? Acaso lo mismo que ellos habían descubierto ahora. Pero valía la pena esperar. Y si Kirk salía de su grave estado actual, era necesario oír

de sus labios lo que tuviera que referir sobre aquel inquietante y estremecedor suceso.

Kirk Franz era el primer hombre que había roto el bloqueo férreo de nieves, tierras desprendidas, lluvia y ciclón, para llegar a Maine con un turbomóvil. La gesta era demasiado grande, demasiado heroica, suicida casi, para que no existiera algo sensacional que lo justificara.

Kirk Franz, que confiaba ciegamente en Herb Miller, el locutor «amigo de los agricultores de la costa este», había ido en pos de éste para revelarle algo.

¿Qué?

Herb confiaba en saberlo pronto. Regresó a la carrera al piso alto. Tenía que ver al doctor Eastman director del hospital. Era necesario atender a Kirk Franz de forma urgente y especialísima. No sólo como a una víctima del tornado, sino por lo que su revelación podía significar, en la lucha por salvar otras vidas amenazadas por un peligro latente e ignorado.

Poco después, se entrevistaba con el doctor Eastman. Y éste, en vez de dar órdenes para la atención inmediata del paciente, se ocupó en persona de Kirk Franz, internado en la sala de los heridos graves.

CAPÍTULO V

REVELACIÓN



La aguja entró en el brazo de Franz. Luego, el doctor Eastman suspiró mientras oprimía el émbolo de la jeringuilla. Finalmente, extrajo la aguja hipodérmica, pasó el algodón empapado en alcohol, y comentó escuetamente:

—Creo que el paciente está bastante mejorado. Al menos, podrá informarnos en breve de lo que sepa. No más tarde de un par de horas, estará recuperado lo suficiente como para hablar, aunque sea por breve rato. ¿Satisfecho de lo que se ha conseguido, Miller?

—Si, doctor. Gracias. Ese muchacho sabe algo. Puede ser importante o no. Pero, de todos modos, tiene tan ciega confianza en mí, que lamentaría defraudarle de nuevo, como ya hice en Nueva York, por venir a Maine.

—Le comprendo, Miller. Yo también celebraré que el muchacho mejore, aunque lo que sepa no pueda servirnos de mucho.

—He examinado sus documentos —intervino Morrison, mientras los tres hombres salían de la sala en que quedaba hospitalizado Kirk Franz—. Y he comprobado algo. Estudia para técnico agrícola, y sus notas de estudios son excelentes. Incluso tiene una carta del director de la Academia, en la que se le felicita por su marcha en el curso. Eso quiere decir que no es ningún profano en la materia que tratamos, ¿verdad, doctor Eastman?

—Ciertamente, no. Ojalá que sus informes estén a tono con lo que esperamos. Ahora, vamos a esperar a que vuelva en sí. Dentro de dos horas, nos reuniremos aquí nuevamente, amigos míos.

—¿Vuelve al laboratorio? —indagó el joven locutor.

—Sí. A continuar investigando…

—¿Algo nuevo con respecto a esa materia, doctor? —saltó Morrison.

—No. Siguen su proceso evolutivo, y siguen devorándose unos a otros. Prácticamente, los microorganismos se aniquilan a sí mismos. Pero, naturalmente, no será de forma total. Los más fuertes, los más voraces, quedarán al final. Serán una milésima parte del total primitivo. Pero serán suficientes.

—¿Suficientes? —Herb enarcó las cejas y se detuvo en el corredor impregnado de olor a antisépticos—. ¿En qué sentido habla ahora, doctor?

Eastman le miró de soslayo. Sonrió, algo enigmático. Herb no le quitaba la vista de encima.

—Veo que lee mis pensamientos, Miller —confesó por fin—. Es usted muy astuto.

—Gracias. No leo nada. Simplemente, me ha parecido que ocultaba algo.

—Es verdad. Pero no lo oculto, en realidad. Sólo lo guardo para mí hasta estar seguro de que mi descubrimiento es cierto y no una simple teoría que se desvanezca luego como espuma.

—Aunque eso suceda, doctor, creo que entre nosotros tres puede sincerarse, ¿no le parece? —sugirió el «*sheriff*».

—Sí, creo que sí, Morrison. Conserven el secreto, mientras sigo estudiando. Pero mi teoría es que esa sustancia procede de algo que, en la lucha, destruyó el propio Hamilton Kane, mientras era devorado por los monstruos. Algo que aplastó con su cuerpo, y disolvió en esa materia o humor viscoso, cuajado de microcuerpos

vivos…

—¿Qué? —Art Morrison parpadeó, asqueado—. ¿Acaso… *uno* de los devoradores de Hamilton?

—No —negó Eastman lentamente—. Carece de tejidos propios de un cuerpo ya desarrollado. Son *seres en embrión*… Concretamente, creo…

Hizo una pausa. Luego, soltó su idea:

—Creo que Hamilton Kane aplastó un óvulo de larvas… Un huevo de insecto… capaz de *producir miles de ellos*.

* * *

Honey tenía color ahora. Pero no mucho. Quizá la sensación de que se había recuperado en parte fuese solamente por contraste con el blanco inmaculado de la almohada y sábana de la cama del hospital en que se hallaba tendida.

Pero el sueño sí había mejorado notablemente su aspecto. Aparecía más fresca y apacible, más tranquila, como denotaban sus ojos pardos, hermosos y tristes, fijos en Herb.

—¿Cómo van esos ánimos, querida? —preguntó Miller, sonriente, tomando sus manos con calor.

—Algo mejor, Herb —musitó ella—. Por favor, no me dejes ahora. Me conforta mucho verte aquí, a mi lado. He tenido pesadillas atroces. He visto de nuevo a Hamilton Kane, a su esqueleto, a miles de esqueletos que avanzaban hacia mí y…

—Por favor. —Herb Miller sonrió, cubriendo su boca con los labios. Luego, se apartó y le alentó suavemente—: Olvida todo eso. Piensa en ti, en mi… y en nuestro futuro, para cuando el tornado termine, y volvamos al mundo civilizado, lejos de esta noche atroz.

Miller retuvo a la muchacha en sus brazos, cálidamente. La besó de nuevo, con intensidad y ternura. Ella le devolvió la caricia, casi ávida de sentirse protegida, amparada por alguien capaz de ayudarla en el duro trance.

Se separaron lentamente, mientras; en el exterior, un nuevo alud de agua y viento huracanado sacudía el hospital hasta los cimientos, y hacía crujir peligrosamente los vidrios plastificados de la ventana. La oscuridad, cruzada por ramalazos de agua tumultuosa, resultaba espantable incluso vista desde allí dentro. Las luces oscilaron, y

Honey se estremeció en el lecho, llena de terror.

—Serénate —pidió Herb—. Esos vidrios plastificados resisten cualquier embate, por duro que sea. Pero, de cualquier modo, echaré también la cortina hermética, de plástico metalizado. Eso te hará sentir más segura.

Se incorporó y oprimió el resorte inmediato a la ventana. El cuadro de ésta fue velado por la pantalla de color amarillo, flúor transparente, flexible y durísima, de plástico metalizado. Una especie de contraventana más dura que cualquier otra anticuada, de madera o metal, y sin embargo, totalmente transparente, para que permitiera apreciar el exterior, exactamente como si no se hubiera extendido aquel notable refuerzo de la solidez de la ventana con su contacto exterior.

Con un chasquido, se abrió el último pliegue y ajustóse al hueco de la ventana por su interior. Los ramalazos de luz y de agua tomaron un tinte amarillo, pero continuaron siendo visibles. Honey, suspiró aliviada.

—Menos mal —musitó—. El hospital está bien acondicionado.

—Sí. Hay un hombre capaz e inteligente que lo rige. El doctor Eastman es un personaje notable. No sé lo que sucedería de no contar con su ayuda ahora.

—¿Sigue… sigue investigando sobre…?

—Sí —cortó Herb—. Pero será mejor que no insistas sobre eso. Recuerda: no debes torturarte inútilmente. Todo se resolverá favorablemente, ya verás.

—Me gustaría creerte, Herb. Lo malo es que no puedo. Sigo teniendo miedo.

Miller no le dijo que todos lo tenían. Eso no hubiera ayudado a Honey en nada. Y ella era la que más ayuda necesitaba de todos. Aunque era una mujer muy voluntariosa y valerosa, había tenido un exceso de emociones últimamente. Y quizá le faltaran aún unas cuantas.

Todavía permaneció un rato más con Honey. Hablaron de sí mismos, de sus planes para el futuro, de su próxima boda, de todo lo que les interesaba, y que Miller sabía que distraerían la mente de Honey.

Después, Herb Miller la besó de nuevo y se incorporó.

—Ahora debo marcharme, Honey. Tenemos algo urgente que

hacer. Pero volveré dentro de poco, antes de que el doctor Eastman te de el sedante para dormir tranquila esta noche.

—No faltes, querido —suplicó Honey Allen—. Te necesito más que nunca…

—Sabes que no faltaré —prometió Herb, avanzando hacia la salida de la habitación donde habían alojado a Honey.

Había llegado a la puerta y comenzaba a abrirla, cuando el grito de terror de Honey sacudió hasta la más recóndita fibra de su ser, y le hizo volverse en redondo, pálido y con los cabellos erizados.

—¡Honey! —exclamó roncamente.

Ella era la imagen del horror, de la desesperación y la angustia. Sin importarle el hecho de ir vestida solo con la camisa de hospitalizada, saltó del lecho, exhibiendo sus bellas y bien formadas piernas, y corrió hacia Herb, lívida y desencajada, chillando:

—¡Herb, Herb! ¡Mira! *¡Ya están ahí!* ¡Míralos, Herb!… *¡Vienen a por mí!…*

Miller siguió la dirección de su dedo tembloroso, frenético. Clavó los ojos en la ventana.

Y los vio.

Estaban allí. Formaban un enjambre zumbón que volaba en círculos, en una espiral oscura y siniestra. A pesar del tornado, a pesar del viento, la lluvia, el frío glacial, las fuerzas de la naturaleza desencadenadas… A pesar de todo, los insectos, formando una masa zumbante, rabiosa, sobrevivían a la inclemencia del tiempo, mortal para cualquier especie de insecto conocido… ¡Y estaban cargando contra el vidrio plastificado de la ventana, horadándolo, al parecer, con su irritada presión!

Herb Miller, súbitamente convulso, inmovilizado por el mismo horror infinito que conmovía a Honey, vio cómo el vidrio plastificado se desmoronaba, convertido en un polvo cristalino, como azúcar…

Y el enjambre siniestro avanzó derecho hacia la segunda capa, la de plástico metalizado, amarillo y transparente.

—*¡Van a devorarnos, Herb!* —chilló Honey, zarandeándole con furia desesperada—. ¡Son ellos, los que destruyeron a Hamilton Kane… *y viene a por nosotros*!

Herb Miller sabía que eso era verdad.

* * *

Jamás la muerte estaría más cerca de ellos. Sólo la fluorescente transparencia amarilla de la segunda barrera plástica les separaba de la voracidad de aquellos diminutos monstruos.

Si habían aniquilado el vidrio plastificado, irrompible al viento, la lluvia y la furia de los elementos… igual podían romper la segunda pantalla.

Y la muerte alada llegaría a ellos. Las extrañas, fantásticas fauces de aquel enjambre diabólico se cerrarían sobre ellos. Pelarían sus huesos, como pelaron los de Hamilton Kane, los de los hermanos Blassetti o de Ismael Franz.

Herb protegió a Honey con su cuerpo, se mantuvo erguido, contemplando como fascinado el alucinante espectáculo del exterior, separado de ellos solamente por la transparencia de la pantalla amarilla. Contra ésa, cargaba ya la masa de mosquitos… o de lo que fuese.

Miller creía sentir sobre sí los mil aguijones de ojos invisibles, diminutos, malignos, clavándose en él… Ojos como los de aquellos microcuerpos vistos con el microscopio del doctor Eastman.

Honey seguía chillando, aferrada convulsiva, histéricamente a él. Y Herb Miller, consciente de que nada podía impedir el horror que amenazaba con penetrar en el cuarto del hospital, aguardaba a pie firme, sereno ante el drama final.

El embate de los insectos contra la segunda barrera protectora, mientras dentro de la habitación del hospital se hacía más estruendoso el ulular del viento, el fragor de la lluvia y los impactos de árboles y edificios que se desmoronaban allá en el exterior, fue breve. Lo acompañó un zumbido sordo, espeluznante…

Luego, de súbito, la masa de insectos formó de nuevo su espiral, revoloteó curiosamente, alejándose de la barrera protectora de plástico metalizado… y se perdió inesperada, súbitamente en la oscuridad de la terrible noche.

—¡Se fueron! —jadeó Herb Miller, atónito.

Honey lloraba, convulsa, entre sus brazos. Gemía, entre sollozos entrecortados, quebrados por la angustia histérica:

—¡Eran ellos, Herb! ¡Yo les vi! ¡Les vi en el campo de labranza de Hamilton Kane, ahora lo recuerdo!… Se estaban… se estaban

levantando del esqueleto de Kane… y creí que vendrían hacia mí… Pero entonces… creí que eran simples moscas, atraídas por el esqueleto humano…

—Ahora ya sabes lo que son… —Herb se mordió el labio inferior —. Ya sabes lo que pudo sucedernos… de no ser porque esa barrera les ha hecho retroceder.

Miller, ceñudo, contemplaba ahora la ventana desierta, sin rastro de la presencia espantosa, salvo en el vidrio delantero, destruido totalmente por la fantástica espiral de diminutos seres voladores.

—¿Por qué, Herb? —gimió Honey, rehaciéndose lentamente, dominando su terror histérico—. ¿Por qué se fueron?

—No sé… Acaso no te buscaban a ti. Acaso venían atraídos, por otra cosa o… —De repente, se le erizaron los cabellos. Chilló, con los ojos desorbitados—: ¡Cielos! *¡Kirk Franz!*

—¡Herb, no! —jadeó ella—. ¡Son insectos voraces, no pueden tener… *inteligencia*!

Pero ya Miller corría, fuera de la estancia, lanzando gritos de alarma, seguido por Honey, que no quería separarse de él, para bien o para mal.

—¿Qué le ocurre? —aulló Art Morrison, el «*sheriff*», que salió impetuosamente de una alcoba, revólver en mano.

—¡Venga conmigo, Morrison! —chilló Herb, sin detenerse—. ¡Avisen al doctor Eastman, pronto! ¡Hay que evitar que a Kirk Franz le ocurra algo espantoso! ¡Los insectos… las bestias voraces, la *Plaga*… está ahí fuera, atacando las ventanas del hospital! ¡Honey y yo la hemos visto!

Morrison farfulló un juramento de incredulidad, pero aferró a un enfermero al vuelo, con sus nervudas manos, y le intimó a que buscara e informara urgentemente al doctor Carl Eastman.

Siguió a la carrera en pos de Herb Miller y de su novia. Los tres pararon en seco, súbitamente, como clavados en el suelo, lívidos de horror, cuando un grito agudo, espeluznante, surgió de algún lugar de la clínica.

—¡Kirk! —aulló Miller—. ¡Es él, estoy seguro!

Una convulsión de angustia, un frío sudor le sobrevinieron mientras corría de nuevo en dirección al cuarto destinado a Kirk Franz. Detrás de él iban Honey y Morrison.

—¡Herb, cuidado! —gimió ella, cuando estuvieron cerca de la puerta de Kirk. Varios sanitarios aparecieron, procedentes de otros pabellones, en respuesta a sus llamadas de auxilio—. ¡Si los insectos atacan… no podrás luchar contra ellos! ¡No te arriesgues estérilmente!

—¡No puedo dejar a ese muchacho! ¡Confió en mí, Honey!

Se detuvo ante la puerta. Un nuevo grito horrible brotó del otro lado. Herb Miller no vaciló. Cargó violentamente contra la puerta, tras comprobar que el pestillo no cedía.

—¡El doctor Eastman envió a una enfermera aquí, para acompañar a ese enfermo! —dijo un sanitario—. ¡Ella debe de tener la llave! ¿Qué sucede ahí dentro, señor?

Miller no respondió. Morrison apartó a la gente, y al resistir la puerta el segundo embate violento de Herb, el «*sheriff*» avisó:

—¡Apártese, Miller! ¡Yo me cuido de eso! Abriré enseguida.

Y al apartarse Herb Miller, disparó dos veces su arma. La cerradura saltó. Herb y Morrison penetraron impetuosamente, mientras Honey gritaba, tratando de seguirles, cosa que impidieron dos enfermeros, a una seña significativa de Miller.

—¡No, Herb, no! —gimió ella—. ¡No quiero perderte a ti!

Forcejeó, tratando de escabullirse de los férreos brazos de los enfermeros, pero éstos no cedieren. Dentro, el «*sheriff*» y Miller no hablaban, no decían nada.

En el fondo del corredor, abrióse la puerta de uno de los ascensores y de él salió, veloz, el doctor Eastman, que corrió hacia la alcoba, demudado. Todos se apartaron. El médico fingió ignorar las súplicas de Honey, al pasar junto a ella, y penetró en la alcoba.

Se detuvo, inmovilizado por el horror. Contempló primero a Herb Miller y el «*sheriff*» Morrison, tan petrificados como él, y blancos como él yeso. Luego, miró la ventana, desprovista de contraventana de seguridad de plástico metalizado… y también carente de vidrio plastificado.

El viento penetraba, ululante. La lluvia lo empapaba todo, el frío azotaba los cuerpos, sacudía las ropas…

Las sábanas del lecho se agitaron, abotagadas por el ciclón. Dejaron al descubierto el cuerpo de Kirk Franz.

Un cuerpo macabro, horriblemente descarnado. Un esqueleto…

Un esqueleto, igual al otro que yacía en el suelo, no lejos de la

ventana, cubierto con una cofia blanca y un uniforme blanco, carcomido por lo que pudo ser un millón de polillas.

Y de los asesinos, de los voraces y pequeños monstruos fantásticos que sobrevivían al tornado inexplicablemente… ni el menor rastro.

CAPÍTULO VI

LA OTRA REVELACIÓN


uerme de nuevo —musitó el doctor Carl Eastman, tras comprobar que la ventana estaba protegida por la contraventana de red metálica y la pantalla amarilla de plástico metalizado. Contempló el rostro sereno; en reposo de Honey Allen. Musitó—: Pobre criatura. ¿Cuándo dejará de enfrentarse a horrores como ésos?

Herb Miller y el «*sheriff*» Morrison cambiaron una mirada abatida. También ellos estaban necesitados de un sedante y unas horas de sueño, de olvido, de alejamiento físico y mental de aquel horrible espanto que les perseguía.

Pero ellos no podían permitirse ese lujo. Honey tampoco había querido dormir. Pero Herb y el doctor insistieron. Era mejor así. Mucho mejor para ella. Y para todos.

En esta ocasión, fueron tres las enfermeras que dejó el doctor

Eastman al cuidado de la joven. Todas mostraban su profundo terror, aunque el timbre de alarma se hallaba a un dedo de distancia de una de ellas, para ser pulsado al menor síntoma de anormalidad.

—Desconfíen de cualquier cosa —había avisado cautamente Eastman—. Incluso un enjambre de moscas en la ventana debe hacerlas actuar enseguida.

—¡Moscas! —había reído histéricamente una enfermera—. ¡Como si eso fuera posible, con ese clima de ahí afuera!

—A pesar de ello, enfermera… a pesar de ello —manifestó gravemente el doctor—. Todo puede suceder, recuérdelo bien.

Así dejaron a Honey. Herb Miller no se retiraba tranquilo. Pero sabía que había cosas que hacer. Muchas cosas por hacer, ahora que ya sabían algo. Ahora que la muerte atroz del pobre Kirk Franz había dejado tras de sí una muda y espantosa revelación ante sus ojos:

Aquellos desconocidos monstruos voraces… *eran inteligentes*.

Por eso habían atacado al joven, habían querido silenciar al hombre que *sabía algo sobre ellos*.

La posibilidad resultaba espantosa. Herb Miller no quería admitirla siquiera. Pero, sorprendido, descubrió que tanto el doctor Eastman como el «*sheriff*» estuvieron de acuerdo con él, cuando les refirió lo sucedido en la alcoba de Honey.

—Inteligentes —musitó Morrison—. Sí, creo que lo son.

—Moscas inteligentes… —Remachó el doctor Carl Eastman, con un estremecimiento—. Algo horrible, ¿no? Ahora estoy más convencido que nunca de que los residuos son de un huevo de insecto, cuajado de larvas en embrión… Pero ¿de dónde han venido esos pequeños y espantosos monstruos?

—¿De dónde? —repitió Morrison, abatido—. Dios mío, si lo supiéramos…

—Son insectos, es evidente —murmuró Herb Miller—. Los vi claramente. Insectos como otros cualesquiera. Pero con una fuerza titánica, y emitían un zumbido raro, escalofriante. Les bastó presionar sobre el vidrio plastificado para reducirlo a polvo.

—Y, sin embargo, no pudieron con el segundo plástico, el metalizado.

—O *no quisieron*, Morrison —rectificó suavemente el doctor—.

No lo sabemos, porque Kirk Franz no tenía el segundo plástico corrido. Llegamos tarde para salvarle, infortunadamente.

—Pero… pero debieron de devorar a Kirk Franz y su enfermera… *en segundos* —se estremeció Morrison.

—Sí. Apenas en tres o cuatro segundos —corroboró Herb, sombrío—. Es horrendo. Y parece imposible, a no ser que hubiera más insectos esperando en algún lugar. Eran muchos, pero no los suficientes, por devoradores e incisivos que sean, como para acabar con ambos en tan corto espacio de tiempo. Es prácticamente imposible…

—Estamos como antes —musitó él médico—. Peor aún. Sabemos que la plaga es inteligente, astuta, impacable… *y que sabe lo que nosotros hacemos o pensamos hacer.*

Herb Miller asintió lentamente, trémulo de horror por aquel descubrimiento.

—Pero lo que Kirk quería decirnos… murió con él —dijo roncamente—. ¡Y de qué espantosa forma, Dios mío!…

Entraron en el laboratorio del doctor Eastman. Lenta, fatigadamente. Los tres se quedaron sorprendidos al ver a alguien que les esperaba. Carl Eastman enarcó las cejas, intrigado.

—¡Barnaby Kent! —dijo con sorpresa—. ¿Qué hace usted aquí?

El otro tragó saliva, incorporóse en el asiento en que parecía esperarles, y miró fijamente al doctor Eastman. Herb reconoció al joven de rostro enjuto y ojos oscuros. Era el enfermero que llevaba en la camilla a Kirk Franz, cuando éste ingresó en el hospital.

—Perdone la intromisión, señor —se excusó el enfermero. Miró de soslayo a Herb durante un instante—. El señor Miller sabe que cuidé de Kirk Franz… el hombre que ha sido reducido a esqueleto…

—¿Cómo lo sabe? —estalló el doctor—. ¡He prohibido que se mencione a nadie lo que…!

—No hace falta que lo mencione nadie, señor —sonrió el enfermero Kent—. El señor Kirk Franz me lo dijo.

—Que le dijo, ¿qué? —saltó, asombrado, Morrison.

—Lo que podría suceder, si ocurría lo peor, tal como él temía…

—¿*Él temía* morir como ha muerto? —jadeó Herb Miller, abriendo enormemente sus ojos.

—Sí, señor Miller. Él… casi esperaba que eso sucedería. Y por eso… por eso me entregó algo… para que se lo diera *a usted.*

Precisamente a usted, señor Miller… si usted me permite, doctor Eastman.

—Claro, Barnaby, hágalo —asintió lentamente el médico—. ¿Qué ha de darle?

—Esto —el enfermero extrajo algo del bolsillo. Un sobre de materia plástica, cerrado herméticamente, de color azul oscuro… salpicado de manchas negruzcas. Manchas de sangre. Sangre de Kirk Franz, el muchacho heroico—. Solamente esto, señor.

La mano de Herb temblaba al tomar el sobre. No era muy abultado. Pero contenía algo. Papeles. Papeles de Kirk Franz. Un testamento real. El mensaje de ultratumba de un hombre heroico y tenaz, que había llevado su afán más allá de la misma muerte. La tremenda, alucinante muerte, entre las fauces de un voraz, glotón e increíble enemigo.

—Gracias, Barnaby —dijo despacio Herb. Miró al enfermero y añadió—: ¿Usted sabe que también ha corrido el riesgo de perecer igual que Kirk Franz, sólo por aceptar esta misión?

—Me lo advirtió él, antes de pedirme el favor —sonrió Barnaby Kent con sencillez—. Pero no me importó mucho, señor.

Herb Miller asintió, con una sonrisa de simpatía y admiración.

—Gracias, muchacho —dijo lentamente—. Espero que todos tengamos el mismo valor, llegado el momento de ponerlo a prueba.

Rasgó el cierre del sobre plástico y extrajo algo. Unas hojas. Informes técnicos, con el membrete de la Sociedad Internacional Agrícola, de la Unión Americana de Agrios, de la «Federal Scientific Society», e incluso un papel timbrado de la «Technical and Spatial Corporation».

Sorprendido, Herb Miller hojeó todos aquellos informes técnicos, unidos con una grapa. Y, muy especialmente, tras una rápida ojeada a la mayoría de ellos, mantuvo ante su mirada perpleja el más importante y breve de todos los documentos que contenía el sobre.

Era un oficio, firmado por el Secretario General de la Oficina Federal en Nueva York, con el membrete especial de los casos de suma urgencia nacional.

Leyó su asombroso, corto, fascinante texto:

> Transmito a la Casa Blanca y al Pentágono los informes técnicos especiales, según los cuales parece

> existir una amenaza extraterrestre sobre nosotros. Espere informes urgentes en las próximas horas, que pueden conducir a una movilización general del país y de todos los continentes.

Era fantástico. Herb Miller parpadeó, mientras Morrison y el doctor Eastman le contemplaban, sin entender nada de todo aquello, pero presintiendo que algo excepcional sucedía.

Herb hojeó de nuevo los documentos. Extrajo de un tirón dos de las hojas allí insertadas. Las examinó, dominando como mejor pudo el temblor de su mano.

Leyó la primera de ellas. Era la perteneciente a la «Technical and Spatial Corporation». Su texto era también muy breve:

> Se han hallado residuos cósmicos y sustancias sólo existentes fuera del planeta Tierra en las muestras recibidas para analizar. Igualmente se ha comprobado que solamente unas criaturas extraterrestres, insectos de apariencia igual a la de los nuestros, serían capaces de hallarse en pleno desarrollo en la estación invernal, y de atacar al ser humano hasta devorarle. La estructura molecular del insecto aplastado por el esqueleto de Ismael Franz, que obra en nuestros laboratorios, es igualmente ajena a cualquier composición normal en la Tierra. Podríamos resumir los datos técnicos, concretando que tales insectos son invertebrados de origen no terrestre, carnívoros y feroces, en los que los insecticidas normales no producen el menor efecto letal, y sí quizá un mayor desarrollo o potencia, por ser totalmente negativo como producto tóxico para tal estructura.
>
> Por tanto, debe ser requerido inmediatamente el auxilio de autoridades y fuerzas militares. Es una situación de emergencia, provocada por la presencia de una plaga extraterrestre. ¡Todo el país debe ser

avisado!

—Dios mío… —murmuró Herb Miller, levantando los ojos hacia el doctor Eastman—. Ahora lo entiendo todo, doctor. Y es espantoso. Más espantoso que todo lo que pudimos imaginar.

—¿Qué quiere decir, Miller?

—Aún me falta por leer esta última nota. Y está escrita precisamente por el propio Kirk Franz, seguramente lo más importante. Pero todos estos documentos, análisis e informes, nos dan una respuesta concreta. Muy concreta…

—¿Cuál? —intervino agudamente el «*sheriff*» Morrison.

—Ahora ya sabemos lo que es esa plaga… y por qué sucede todo esto. La realidad es que… esos insectos son invasores del espacio, seres llegados de otro mundo, tal vez… para destruirnos… ¡Y lo están logrando!

* * *

—¡Invasores de otro planeta! —El doctor Carl Eastman boqueó, dilatando enormemente sus ojos—. ¡No, Miller! ¡No puedo creerlo!

—Kirk Franz acompaña aquí las pruebas concretas. Al parecer, el Pentágono y la Casa Blanca han sido avisados ya, a juzgar por lo que se dice. Kirk Franz sospechó algo extraño, anormal… y denunció el caso a los departamentos técnicos superiores. Todos estos informes coinciden: esos insectos no son terrestres. Su composición molecular no es la misma, ni siquiera se asemeja. Y dejan residuos de tipo cósmico, materias que sólo se hallan fuera de la Tierra.

—Eso… eso lo explicaría todo… o casi todo —admitió el doctor Eastman—. Pero… pero ¡es tan fantástico!

—Escuche, doctor Eastman. Escuche esto. —Herb Miller respiró hondo. Luego, comenzó a leer el informe manuscrito por Kirk Franz, la última de las hojas que contenía aquel sobre, llegado después de su muerte.

Y comenzó a leerlo en voz alta.

Si lee estas líneas, es posible que ya todo haya

terminado para mí, señor Miller. Y habré seguido la suerte de mi padre…

Pero quiero que la verdad llegue a usted. Y al mundo. Dios quiera que ello sea posible, y la persona a quien le pueda entregar estos documentos, con mi propia carta póstuma, logre hacerlos llegar a su poder. Confío en usted, Herb Miller. Sé que hará cuanto pueda por evitar que este horror siga adelante. Ya ve lo que indican los informes técnicos, físicos y químicos. Todos coinciden. Ni estructura molecular de los seres que nos atacan, ni sus reacciones fisiológicas, ni su especie, ni ninguno de sus rastros capaces de ser analizados, dan como resultado nada vulgar. No son terrestres, señor Miller. Sea lo que sea esa plaga de insectos, llegó de otros espacios, del mundo exterior, de más allá de la atmósfera terrestre.

Por Dios, es necesario luchar. Y luchar muy duro. Esa plaga es algo espantoso. Yo lo temía. Lo sospeché. Y mis investigaciones sobre la muerte de mi padre me lo confirmaron. Hallé los residuos de uno de los insectos, aplastado por mi padre en la lucha. Lo hice analizar. Logré lo que esperaba. Y bien sabe Dios que no deseaba ese resultado. Estamos, al fin, en la situación que tanto temían los escritores de a «ciencia-ficción» y algunos científicos de nuestra era espacial atómica.

Ya tenemos aquí seres de otro mundo. Con aspecto de insectos. Al parecer, la acción de los insecticidas terrestres es nula. Más bien les nutre o alimenta. Y otra cosa, señor Miller; observe lo que dice el resultado del análisis especial del cuerpo del insecto extraño que obtuve en el lugar del drama. Fíjese en este terrible párrafo que dictamina: «Estructura cerebral asombrosamente compleja para su tamaño microscópico. Podríamos decir que su potencia mental puede superar la de un ser humano, y llegar a límites insospechados de astucia y de penetración». Por tanto, señor Miller, estamos frente a una raza inteligente,

vil, cobarde y feroz, de cerebro superdesarrollado y aspecto de invertebrado terrestre. Ello es horrendo. Nos enfrenta a una fuerza descomunal, ignorada. Algo que, tal vez, logre destruirnos antes de que seamos capaces de hacer nada práctico.

Pero vale la pena intentarlo todo. ¡Inténtelo, señor Miller! Luche contra ellos…

Y, si lee esto, significará que ellos son tan inteligentes como yo sospecho. Que saben lo que pretendo y tratarán de evitarlo con mi muerte. De usted depende que no sigan adelante… o que el mundo termine por ser un festín inacabable para ellos Salve al mundo. Salve a las gentes que, como yo, confían en usted y en el valor del ser humano, en la defensa de su mundo y de su libertad.

Sé que lo hará. Sé que lo intentará. Dios le ayude, señor Miller.

Kirk Franz.

Reinó un profundo, terrible silencio. Un silencio que nadie parecía dispuesto a romper.

Los tres hombres se miraron, pálidos y vacilantes. Luego crujieron papeles, se oyeron respiraciones sordas, contenidas.

Estaban leyendo, examinando, releyendo los documentos, los informes oficiales, las referencias técnicas. El mundo entero debía saber lo que sucedía. Pero Maine estaba aislado del resto del país, del resto del mundo. Allí, solamente ellos sabían la verdad. La estaban sabiendo ahora, en toda su magnitud escalofriante, en su dimensión terrible, estremecedora.

Herb Miller fue el primero en romper aquel silencio pavoroso. Había leído y releído todos los escritos. Miró al doctor Eastman y al «*sheriff*» Morrison e hizo un escueto comentario:

—Luchar… Luchar ¿cómo? ¿Qué forma hay de vencer a esa maldita plaga?

No le contestaron inmediatamente. No podían hacerlo, porque carecían de contestación positiva. La duda era la misma para todos.

Morrison y Eastman se miraron, antes de que fuese el médico quien diera su criterio, con voz sorda:

—Ahora sabemos algo más. Sabemos por qué se nutren de seres humanos, por qué viven en pleno invierno, por qué se sobreponen a un tornado, y por qué dejan esas huevas repelentes de monstruosos microcuerpos, que en el futuro serán nuevos «extraños», dispuestos a devorar lo que hallen en su camino. Sabemos, en suma, que los temidos invasores del espacio llegaron. Y que no lo hicieron como en las obras de fantasía, en espectaculares «platillos volantes» o naves del espacio, sino en una forma simple: como insectos, como pequeños invertebrados, de apariencia insignificante. Pero terriblemente voraces, despiadados… e inteligentes. Y esto último es lo peor de todo. La temida prueba de Kirk ha resultado. Le aniquilaron precisamente a él y no a otro. Buscaban ya a Kirk, cuando usted les vio planear contra la ventana de Honey Allen.

—Pero… pero eso es espantoso —jadeó Morrison, estremecido.

—Claro que lo es. Mucho más de lo que pudimos imaginar. Una plaga se puede combatir de una forma o de otra. Pero esto… esto no sé cómo combatirlo.

Volvió el silencio. La segunda revelación, la que Kirk Franz hiciera desde ultratumba, mediante la documentación que llegaba a los hombres para que no corrieran su misma suerte tremenda, les había dejado anonadados.

—Un enjambre de insectos, capaz de procrear millones de ellos, con sólo ir dejando huevos en cualquier lugar —comentó Art Morrison, rascándose el mentón con el dorso de su mano—. Y que se mantiene indemne ante el azote de un ciclón, de un tornado… ¿Qué fuerza humana puede derrotar a esos insectos, si un tornado tan fuerte como éste no logra absolutamente nada?

La conclusión del fornido «*sheriff*» de Lewiston era contundente y bien realista. Así lo entendieron Herb Miller y el doctor Carl Eastman. Ambos, con un gesto pesimista, inclinaron la cabeza, sin emitir respuesta.

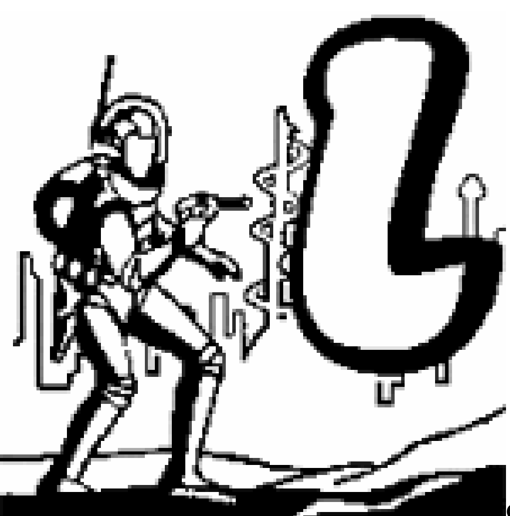
Morrison había puesto el dedo en la llaga. Una plaga que no era vencida por el frío, ni por las furias de la naturaleza desencadenada, ni por los insecticidas más modernos y concentrados… ¿cómo podía ser combatida?

Teóricamente, no podía combatirse.

Y ahí, precisamente ahí, estaba lo horrible del caso.

CAPÍTULO VII

CUANDO CEDE EL TORNADO…



os enfermeros y sanitarios del establecimiento habían trabajado activamente. Ahora, todo el hospital poseía, en cualquier resquicio accesible, en cualquier ventana o hueco del edificio, planchas de plástico metalizado, transparente, pero de color fluorescente la mayoría, extraídos de los almacenes del sótano. Así creía el doctor Eastman que podía neutralizarse un poco el gravísimo peligro. Al parecer, y basándose en los indicios que hasta entonces poseían, los microscópicos invasores alados, la plaga inadvertida llegada de otros espacios, se detenía ante las planchas de aquella materia blindada. Tal vez fuese cierto que les detuviera su propia fortaleza. Pero ni el propio Eastman, ni Herb Miller ni el «*sheriff*» Morrison podían estar seguros de nada. Y no lo estaban. Aquello era, simplemente, un nuevo invento, un esfuerzo por cortar el paso a los diabólicos enemigos del

exterior, aquella nube en espiral de pequeños, oscuros y zumbantes cuerpos alados, que llevaban la muerte voraz, terrible, devastadora, por donde quiera que pasaban.

—Esperemos que eso detenga al horror —había manifestado roncamente el doctor Eastman, cuando el último postigo de plástico metalizado se hubo ajustado a la última ventana accesible para los diminutos monstruos.

Fuera, en la calle, el viento ululaba, la lluvia golpeaba rabiosamente los muros de los edificios, indemnes en una minería, porque la casi totalidad de Lewiston era un enorme amasijo de ruinas, muros abatidos, árboles derrumbados, vehículos aplastados o abollados, y riadas de agua que, empujadas por un viento vertiginoso, lanzaban su alud espumeante, turbio y temible, por las calles de la ciudad.

A pesar de todo, Herb Miller creía advertir que el tornado cedía en intensidad, a medida que avanzaba la madrugada. La larga, tremenda e interminable madrugada que podía ser como la noche del mundo, el principio de la oscuridad mortal para los humanos…

—Y cuando el tornado termine, otro tornado peor empezará para la humanidad, Honey querida.

Acababa de referirle a la muchacha toda la tremenda historia. Ella temblaba en sus brazos, mirándole trémula. Pero bastante más serena de lo que él había esperado. A Honey, la acumulación de horrores de aquel día la iban endureciendo de tal modo, que los más tremendos trances iban siendo para ella llevaderos, tolerables, casi incluso algo previsto, esperado, que su naturaleza enérgica admitía sin demasiados quebrantos.

—¿Sin remedio? —preguntó lentamente ella.

—Sin remedio —suspiró Herb—. Al menos, yo no lo conozco.

—¿Serán eficaces esas pantallas de plástico metalizado?

—Tal vez. —Miller se encogió de hombros—. Pero no hay existencias para aislar todas las casas de Lewiston. Después de todo, el tornado ha dejado demasiadas grietas para que puedan taponarse eficazmente.

—Y no es sólo Lewiston el que sufre este caos tan horrible.

—No, claro. Ha empezado en otros lugares de nuestro país. Quizá se repita en muchos otros puntos de la geografía mundial, Honey. Será una invasión progresiva. Y nosotros, los que sabemos la

verdad ahora, ¿cómo la comunicamos a otros, si estamos bloqueados? Maine entero perecerá, aislado del resto del mundo.

—Pero, Herb, esos documentos señalan que posiblemente la Casa Blanca, el Pentágono, las Naciones Unidas… se ocuparán del caso y combatirán la plaga extraterrestre. Todos lo sabrán a tiempo. Se dará la alarma general al mundo entero…

—Excepto a Maine —cortó Herb gravemente—. Y ¿sabes por qué, Honey?

—Sí, Herb. Porque el tornado ha trastornado toda clase de accesos, de comunicaciones, de transportes…

—No —negó enérgica, inesperadamente, la voz dura de Herb Miller—. No es eso, querida, por desgracia.

—¿Eh? No te entiendo. ¿No es el tornado el culpable de…?

—No lo es.

—¿Qué quieres decir? —Se inquietó Honey, abriendo muchos sus hermosas pupilas color pardo.

—Que jamás un tornado de esta clase logró perturbar totalmente las comunicaciones de radio… ni tampoco destruyó teléfono, telégrafo, y todo lo demás. Concretamente, Honey, he estado reflexionando… y ahora creo saber la verdad.

—¿Qué verdad? —Se estremeció Honey, irguiéndose en el lecho.

—Es la plaga la que ha aislado Maine, bloqueando este estado del resto del mundo.

—¡Herb! No puede ser…

—Ha esperado pacientemente la acción del tornado, para que la suya no pareciese anormal. Y ahora ha logrado el bloqueo. Recuerda que es algo inteligente, vivo, astuto y terriblemente despiadado. Actúa como un ejército bien disciplinado, férreo y dispuesto para la lucha.

—Pero… ¿por qué precisamente Maine? ¿Por qué este estado y no otro, Herb?

—Es sencillo, Honey. Creo… creo que no hemos tenido suerte. Porque los insectos de otro mundo han elegido un punto concreto de entrada en su invasión. Han señalado un cuartel general o nido de donde partir en sus ataques… ¡Y ese cuartel general es el estado de Maine!

* * *

—El cuartel general de los insectos carnívoros… —Carl Eastman apartó de un manotazo el microscopio, respiró con fuerza y miró de hito en hito a Herb Miller—. Sí, creo que tiene usted razón. Desgraciadamente… la tiene, Miller.

Morrison y Honey Allen cambiaron una rápida mirada. El «*sheriff*» preguntó débilmente:

—¿Por qué suponen eso? Puede ser, sencillamente, uno de los muchos puntos elegidos para la invasión por ese enjambre de bichos extraños. Pero nada más.

—Existen razones concretas que me mueven a pensar eso —objetó Eastman—. Y a estar de acuerdo con la idea de Miller.

—¿Qué razones?

—La forma de operar. Han elegido una zona inhóspita, dura en esta época del año. El invierno no les afecta, pero tampoco tienen por qué deambular en pleno tornado. No creo que el enjambre de la hacienda de Milton Kane, sea el mismo que atacó a Kirk Franz en el hospital. Por tanto, hay varios enjambres aquí. Siempre me chocó esa interrupción en líneas telefónicas y telegráficas, y el comentario de los técnicos de telegrafía y telefonía, que no se lo explicaban, porque ningún motivo parecía existir para ello, salvo algo realmente imprevisible y sin concretar. Ahora, la teoría de Miller viene a sustentar mis recelos y los de esos técnicos. Como los propios temores de Kirk. Es decir, que hay una fuerza ajena que controla nuestros actos y nos aísla del mundo. ¿Por qué? Porque aquí han establecido su centro de operaciones, su punto de partida… y desde aquí atacarán al resto de regiones, países o continentes. Mientras permanecemos aislados, y los demás lo atribuyen al tornado, los insectos del espacio exterior disponen el ataque… y lo inician.

—Dios mío, parece cosa de locos —jadeó Morrison—. ¡Insectos del espacio! ¿Cómo llegarían? ¿Volando por nuestra atmósfera, desde el vacío del cosmos?

—No lo creo —suspiró Eastman—. Me parece que fue algo así como una semilla siniestra que cayó sobre la Tierra. Huevas de insecto, atraídas a la Tierra por algún fenómeno cósmico… y que cayeron aquí sin que las larvas hubieran perecido. El proceso de metamorfosis y desarrollo tuvo lugar… y aquí crecieron los insectos, que algún anómalo incidente sideral nos trajo. Algo que sólo puede ocurrir cada cien mil o quizá cada millón de años.

¿Quién nos dice que un fenómeno semejante no trajo a la Tierra a los primeros seres humanos, procedentes de otro lugar del universo, donde Dios creó Su Paraíso, hace cientos de miles de años? Y ahora, les tocó el turno a unas criaturas tan inteligentes como nosotros, pero diminutas, aladas, monstruosas y sin piedad.

La teoría parecía fantástica. Pero Herb Miller pensó que tal vez no lo fuera tanto. De cualquier modo, a ninguno de ellos se le antojó imposible. Habían dejado de creer que hubiera algo realmente imposible. Los últimos sucesos, terminaban con el escepticismo del más duro.

También la entomología de que todos los insectos, incluso los puramente acuáticos, precisaban oxígeno para vivir. Aquéllos, debieron viajar por el espacio vacío, sin aire, durante milenios. Y sobrevivieron. Aunque quizá como simples huevas o larvas. Pero, de cualquier modo, su proceso gestorio no se detuvo. Llegaron a la Tierra en forma viva, en pleno desarrollo. Y aquí, formaron su pavoroso ejército de devoradores de hombres. Aquí, al parecer, iban a afincarse, en forma de tremenda plaga de muerte. Una plaga contra la que no existía antídoto, insecticida alguno capaz de reducirla o aniquilarla.

Por una vez, los seres humanos iban a ser los aniquilados. Una vez que sería definitiva. La humanidad no volvería a formarse más, cuando «ellos», los insectos voraces, hubieran terminado su alucinante festín de Apocalipsis. Herb Miller sabía eso ahora. Lo había intuido, con un escalofrío horrorizado, antes de conocer el resultado de las investigaciones de Kirk Franz. Lo sabía ahora con toda certeza.

Y no servía de nada saberlo todo o casi todo sobre los insectos del espacio. No servía absolutamente de nada estar enterado de que era una plaga cósmica. Porque todavía eran los más fuertes, y porque faltaba tiempo. Cuando lograran dar algún paso positivo, sería demasiado tarde. Una enfermedad, una epidemia, una plaga vulgar, puede combatirse. Un azote como aquél, no.

Carl Eastman y el «*sheriff*» Morrison parecían anonadados por el curso de los acontecimientos. Herb Miller no les culpaba por ello. Él mismo se sentía al borde de la derrota, del abatimiento, del fracaso más absoluto y sombrío de todos los tiempos. Un fracaso que significaba morir. Inevitable, implacablemente…

—Todo insecto tiene un punto débil por donde ser atacado, lo mismo que todo cuerpo viviente puede ser vencido por un tóxico —comentó Herb, tras un silencio meditativo—. ¿No podemos buscar… buscar la forma de derrotar, de destruir a esos seres temibles, doctor Eastman?

—Desgraciadamente, no soy entomólogo —observó el médico lentamente—. Pero creo que, aunque lo fuese, nada resolvería. Se ha podido vencer a los microbios que propagan los insectos terrestres. Se combate a los propios insectos, tales como los mosquitos propagadores de la fiebre amarilla, de paludismo, la mosca
tsé-tsé,
las plagas agrícolas y todo eso. La forma química de combatirlos ha sido eficaz a la larga, en especial desde que, en 1940, Paul Hermann Müller descubrió el diclorodifeniltricloroetano, vulgarmente llamado DDT. También se ha utilizado la forma biológica, o puramente vital. Esto es, enfrentar a los insectos más dañinos con sus peores enemigos. Se atacaron entre sí hasta destruirse, y ello eliminó la plaga. Pero ¿qué insecticida puede aniquilar a esos monstruos diminutos de otros lugares del espacio, o qué insectos de nuestro pobre mundo entomológico serían capaces de enfrentarse con posibilidades de éxito a las fauces de semejantes devoradores? Yo, Miller, he usado potentes insecticidas concentrados contra esas larvas en gestación, procedentes de la hueva de insecto espacial. ¿Sabe lo que logré?

—No…

—Otro resultado diametralmente opuesto. Es decir, el insecto o larva se desarrolló, creció tal y como lo hace al devorar a otros… ¡El insecticida les alimenta!

Herb Miller tembló. Morrison juró algo feo, y se disculpó precipitadamente ante Honey Allen. Ella sonrió, agitando la cabeza. Era capaz de comprender la ira, la exasperación, todo lo que provocaba aquel alud de alucinantes contrariedades. Y era, a la vez, capaz de sentirse serena, firme, valerosa ante la adversidad. Herb cada vez la admiraba más.

—Entonces… es posible que, cuando Ismael Franz fue atacado y se defendió con el insecticida concentrado, esos monstruos crecieron enormemente de tamaño, y le devoraran en un momento

—sugirió Herb—. Creo que, en realidad, ellos crecen cada vez que devoran a un ser humano, y se hacen gigantescos. Eso explicaría su rápida deglución de la parte comestible de un cuerpo humano…

—Sí. —Eastman miró a Herb Miller con viveza—. Sí, Miller, eso es muy lógico y razonable, teniendo en cuenta la estructura y formación de esos seres. Creo que así sucede. Lo he pensado ya antes, y me dije que sería inútil tratar de buscar grandes masas de *Chrysopas lanatas*.

—¿Qué es eso? —se sorprendió Morrison.

—Son neurópteros entomófagos, mi querido «*sheriff*».

—Sigo sin saber de qué se trata…

—En términos vulgares, insectos que devoran a los de su especie, mi querido amigo —suspiró el médico—. ¿De qué valdrían, si el otro insecto es más voraz aún… y es posible que, como Miller sugiere y yo creo también, crezca mil o dos mil veces, al empezar el acto de deglución de una materia que le agrade… como la carne humana?

Honey se estremeció, más de asco de que de horror. Herb iba a contestar, cuando se oyó un grito terrible, en algún lugar de la clínica. Luego, en el muro, se iluminó con zumbidos intermitentes una luz roja. Todos dieron un respingo. El doctor Eastman miró hacia allá, y exclamó con voz rotunda:

—¡Es la alarma! ¡Alarma en la planta tres del hospital! ¡Vamos pronto!

Ninguno sabía si iba a enfrentarse con el enjambre carnívoro, pero todos se lanzaron fuera de las penumbras del laboratorio del doctor Carl Eastman. Después de todo si había peligro en alguna parte, estar encerrados en una habitación, no significaba estar a salvo.

Corrieron al ascensor y bajaron hasta la planta tres del edificio. Allí, el revuelo era extraordinario. Una cadena de enfermeros, lívidos y desencajados, impedían que enfermos, heridos y personal sanitario de otras plantas, acudiera allí. Dejaron paso únicamente a Morrison, Honey, Miller y el doctor Eastman. Éste se encaró con el jefe de médicos del piso. Le interpeló ásperamente:

—¿Qué sucede, doctor Daves?

El otro informó escueta, roncamente, con tremenda simplicidad:

—Otro suceso, doctor Eastman. Otro suceso como el de antes…

¡Dos enfermeras y un paciente… han sido convertidos en esqueletos! Los paneles de vidrio plastificado y de plástico metalizado… bueno, fueron triturados por algo. Algo que el enfermo Simpson asegura que era un enjambre de insectos.

Eastman palideció terriblemente. Echó a correr de nuevo, seguido por los demás. Un enfermero le señaló una de las habitaciones, la numerada con el 322.

Era horrible ver su contenido. Tres esqueletos en distintas posturas, ropas en desorden… y un boquete tremendo en la doble vidriera plástica, por la que entraban ramalazos de lluvia y viento. El plástico metalizado, transparente y sin color, también estaba deshecho.

El tornado cedía, estaba remitiendo en intensidad. Pero eso no hacía feliz a ninguno de los cuatro. Porque cuando el tornado cedía… comenzaba la furia devastadora, el apetito feroz y demoníaco de aquellos monstruos.

Herb Miller, atónito, se acercó a la ventana. Contempló el oscuro exterior, tocó con mano nerviosa los bordes pulverizados de la doble pantalla de vidrio plástico.

—Después de todo… —comentó—, creo que también puede destruir el plástico metalizado.

Nadie le respondió. No hacía falta. Herb Miller sabía que tenía razón. No había freno para los mosquitos del espacio. Podían destruirlo todo.

CAPÍTULO VIII

LA INSPIRACIÓN DE MILLER



arl Eastman soltó el teléfono. Estaba lívido, descompuesto.

Miró a Honey, a Morrison, a Miller. Explicó con voz rota, enjugándose el sudor del rostro de un manotazo:

—Los teléfonos interurbanos no funcionan. La Compañía ha enviado funcionarios a arreglarlo. No han vuelto. La radio sigue interferida por miles de millones de parásitos inexplicables, puesto que el tornado se ha desviado ya de Maine hacia Quebec y Ontario. El telégrafo continúa paralizado, y tampoco los obreros han regresado ni informado sobre sus tareas de reparación.

Herb Miller inclinó la cabeza, sombrío. Tabaleó sobre la mesa, con dedos trémulos.

—La plaga —dijo roncamente—. Fue la plaga, doctor. Les encontrarán convertidos en esqueletos. Seguimos aislados,

acorralados, en poder de… de «eso» que nos ha llovido del espacio exterior.

—¿Hasta cuándo, Herb? —Se inquietó Honey.

—Hasta el fin —dijo él con sequedad—. El fin de todos nosotros.

Hubo un silencio. Todos miraban hacia el exterior, a través de la doble vidriera plástica. La luz del amanecer, tenue y grisácea, de un feo tono lívido, daba aún más lividez a sus rostros. Sólo el tono amarillo fluorescente de la segunda pantalla de plástico metalizado parecía dar cierto color a su piel. Color de cera, de muerte…

El tornado era sólo un recuerdo terrible, con rastro de ruinas, caos, confusión, fango y desolación. Pero había algo mucho peor en el ambiente. «Algo» que ellos sabían lo que era.

—Ese silencio me crispa los nervios —gruñó Morrison, mirando al exterior—. ¿Dónde se ha metido la gente, por todos los diablos?

—En sus casas —dijo Miller—. Tratan de rehacer lo destrozado, de recuperar algo de lo perdido. Es lo de siempre…

Honey se apretó más contra él. Estaba pálida y fría. Tiritaba de vez en cuando. Pero se mantenía firme, inquebrantable, tras la noche dantesca. Herb acarició su barbilla, mirándola con dulzura.

—¿Por qué no vas a acostarte, Honey? —sugirió.

—No —negó ella, enérgica—. Esperaré en pie.

—Esperará, ¿qué? —Se volvió vivamente el «*sheriff*».

—Lo que haya de ocurrir. —Honey respiró hondo—. Porque… porque ha de ocurrir algo, ¿verdad, Herb?

Miller hubiera querido negar. Pero sabía que era inútil. Ella lo presentía. Como él mismo… Como todos.

Afirmó. El doctor Eastman le había mirado de soslayo un instante. Desvió la mirada al afirmar él. Herb le vio morderse el labio inferior, furioso y callado.

—Sí, Honey. Va a ocurrir.

—Y será… el fin.

—Sí. Será el fin.

—¿De qué hablan? —chilló Morrison, inquieto.

—¿No lo entiende, «*sheriff*»? —intervino el doctor—. Ahora, todo les es propicio. Ese silencio es presagio de lo peor. Atacarán. De un momento a otro.

—¿Quiere decir que… que…? —Le idea puso de punta sus rojos cabellos.

—Sí. Quiero decir que esto va a terminar pronto. Está en el aire, en esa quietud terrible. Nadie sabe lo que pasa. Pero tiene miedo, presiente algo. Ese algo, es la muerte. Llegará de pronto, inevitablemente…

—¡Mire! —chilló Miller de pronto—. ¡Ahí están ya!…

Todos se volvieron. Era verdad.

* * *

Esta vez no era un enjambre volando en espiral. Eran diez, quizás veinte o más. Masas de insectos que planeaban sobre los edificios. La gente, sorprendida, asomada a las ventanas y puertas, los señalaban… Los insectos descendieron sobre ellos.

Todo fue rápido, terrible. Los gritos formaron una sinfonía atroz en Lewiston. Y los cuatro volvieron sus rostros, para no ver aquello. Para no presenciar, impotentes, la reducción de seres a simples esqueletos.

—¿No… no vamos a hacer nada… por impedirlo? —gimió Honey, vacilando sobre sus rodillas, mortalmente pálida.

—No podemos hacerlo. Ni siquiera por impedir que lleguen a nosotros —suspiró el médico—. Eso va a llegar, y nada puede hacerse…

Resultaba increíblemente pacífico, para ser el día final. Todos, allá en la calle y en los edificios, chillaban y corrían, desesperadamente. Algunos se defendían con cargas de insecticidas.

Era inútil. Herb Miller miró una sola vez. Se convulsionó, horrorizado. Estaban devorando a una pareja, un matrimonio sin duda, ante el propio hospital. Sus ropas grises eran devoradas, junto con carne, tejidos… La sangre brotaba, bañando el cuerpo mutilado, y los insectos la succionaban.

De pronto, era como ver a los mismos diminutos seres agigantados por una lupa imaginaria. Al hincar sus fauces microscópicas en la carne, se hinchaban, parecían llenarse de aire, como globos, y tomar el tamaño de monstruos de aves gigantes, voraces… pero con el peludo, sombrío aspecto grisáceo y negruzco de su especie.

—No mires, Honey —jadeó—. Es mejor así…

Ella sollozaba, rotos sus nervios, apoyándose en el pecho de

Herb, encogiéndose contra él. Le rodeaba con brazos frenéticos, apasionados. La oyó gemir:

—Herb, yo… yo no quiero mirar. Prefiero morir… así. Junto a ti… ¿Viene ya?

Un silencio. Luego, ronca la voz, musitó Herb:

—Creo… creo que sí.

Un zumbido llegó a sus oídos. El zumbido creció. La luz del sol, aunque nublada, se veló más aún cuando la masa de cuerpos alados flotó ante la ventana. Comenzó el ataque a la primera vidriera. Triturada, ésta se pulverizó bajo sus fauces demoníacas. El zumbido, ensordecedor ahora, se propagó por la sala. Herb Miller volvió a mirar, lo mismo que Carl Eastman y Morrison. Decididos, valerosos todos. Morrison empuñaba su revólver, tan anacrónico como inútil.

Era como si millones de ojos les contemplaran. Las titilantes celdillas de los insectos se fijaban glotonas en ellos. Los cuerpos peludos golpearon contra el segundo panel, de plástico metalizado, al otro lado de la pantalla amarilla.

—Es el fin… —suspiró Herb.

Y cerró los ojos, besando con calor los cabellos de Honey, apretándola contra sí. Sabía que, poco más tarde, sólo serían dos esqueletos. Pero, al menos, estarían estrechamente abrazados. Eso era algo que la muerte no impediría. Ni los horribles insectos del espacio.

* * *

El fin tardaba en llegar. Herb Miller oía el zumbido insistentemente, furioso. Pero nada ocurría.

Abrió los ojos, armándose de valor, esperando lo peor. Miró a la ventana. Parpadeó, atónito.

—¡Eh, miren! —gritó—. ¡Los insectos se alejan! ¡No han destruido la segunda pantalla!

Era cierto. Los insectos se iban. Su vuelo era torpe, lento, rompían incluso su habitual espiral zumbona. Luego, furiosos, planearon sobre otros edificios, buscando nuevas presas. Herb Miller miró con estupor al doctor Eastman, a Morrison, a Honey…

—Cielos. ¿Por qué? —Gruñó Morrison—. ¿Qué sucede?

—No lo sé. —Eastman frunció el ceño—. Es cierto que se van. La pantalla está intacta. Y hace poco, destruyeron una, en la planta tres, sin la menor dificultad.

—Se repite lo mismo de antes —dijo el «*sheriff*»—. Esos bichos deben tenerles simpatía a usted y a Honey. De otro modo, no se explica. Ya son dos veces…

Herb Miller no podía imaginarse a aquellas bestias siderales teniendo simpatía a nadie. Pero Morrison decía la verdad. Por dos veces, los insectos habíanse movido malignamente al otro lado de la pantalla plástica amarilla y…

Evocó algo. La pantalla rota, pulverizada, en la planta tres… Las ropas de los muertos, también devoradas por ellos. Dos piezas de plástico, tiradas en un campo; dos tiendas para proteger de los tornados, las cuales eran propiedad de Honey Allen…

—Dios mío… —jadeó—. ¿Será… será eso?

Le miraron sin entender. Herb parecía excitado, confuso. Se apartó de Honey, miró al exterior, a los esqueletos humanos que empezaban a blanquear la calle, salpicándola acá y allá con su macabra presencia. Un nuevo detalle se unió a sus datos. Tragó saliva, hizo gestos frenéticos con sus manos.

—Si fuera eso… ¡Cielos, si fuera eso!…

—Pero ¿de qué habla, Miller? —se sorprendió Eastman.

—Es… es una simple idea, quizá un disparate. Pero, hasta ahora, todo coincide.

—¿Qué es lo que coincide, Miller? —apremió el médico—. ¡Por el amor de Dios, hable, si cree haber descubierto algo! ¡No es precisamente tiempo lo que nos sobra!

Herb Miller se pasó los dedos por el cabello, reflexionando frenéticamente, haciendo un rápido cálculo de probabilidades. Lo tenían todo perdido. De modo que valía la pena…

Valía la pena probar, pasara lo que pasara.

Sus ojos recorrieron la calle terrorífica, dantesca. Se fijaron en la fachada de un edificio. Leyó: «ALMACÉN GENERAL. DROGAS, LICORES, PROVISIONES».

Estaba medio destartalado por el huracán. Pero eso a Herb le tenía sin cuidado. Era el lugar en el que estaba pensando. Se volvió al doctor Eastman. Le preguntó:

—¿Puede proporcionarme guantes de goma, una bata amplia,

una capucha también de goma o materia plástica? ¿Tienen todo eso en el hospital?

—Creo que sí —asintió Eastman, con expresión esperanzada en sus ojos—. Nuestros enfermeros han de desplazarse a largas distancias a veces bajo los temporales y…

—Es suficiente. Eso bastará. Búsquelo. Recuerde que los insectos son inteligentes… y nos vigilan. Quizá escuchan o captan las ideas, no lo sé. Pero nos controlan. No deben saber en modo alguno lo que planeo… o jamás llegaría al lugar que me propongo.

—¿Va a salir? —Gruñó Morrison—. ¡Tiene que estar loco para hacer eso!

—¡No, Herb, no salgas! —gimió Honey, angustiada.

—Es necesario. Comprendan que todo está perdido de antemano. Es preciso intentar algo.

—Pero… ¿cree que lo conseguirá? ¿Hay alguna esperanza, Miller?

—Esperanzas, siempre hay. No sé si lograré algo. Pero de lograrlo, tendríamos el arma contra los insectos. La forma de combatirles… y quizá de vencerles.

Se inclinó sobre el oído de Eastman. Habló algo, con rapidez. El doctor pegó un respingo, le miró con ojos dilatados.

—¡Cielos, sí! —jadeó—. ¡Podría ser!

—Proporcióneme esas ropas. Y entretanto, investigue ese punto en el laboratorio. Recuerde que lo más absurdo puede servimos. Nos enfrentamos a seres de estructura muy diferente a la nuestra. Lo que para nosotros es un motivo de belleza o de agrado, puede ser mortal para ellos. ¿Recuerda a H.
G. Wells?
[2] Un arma bien simple termina con sus fantásticos marcianos.

—Eso era fantasía literaria —asintió Eastman—. Pero su idea, Miller, podría ser… Podría ser el camino. Su teoría parece tener un punto de lógica… Probemos si aún hay tiempo. Será nuestra última oportunidad.

Comenzaron las órdenes. Frenéticas, urgentes, decididas. Al mismo tiempo, Eastman se informó de algo relativo a su hospital. Los informes recibidos le hicieron mirar gravemente a Miller, con ojos brillantes.

—Todo coincide —murmuró—. Por ahora, todo coincide,

Miller… Adelante con eso.

Herb asintió. Así lo esperaba. La idea, la inspiración súbita, iba tomando forma. De estar equivocado, sería el primero del grupo en caer. Pero no le importaba. Valía la pena correr el riesgo.

* * *

—Suerte, Miller —le deseó el doctor Eastman, cuando se hubo ajustado la capucha, cosida de forma que no dejaba abierto más que unas rendijas para los ojos y nariz. Honey quiso ir hacia él, retenerle, en mudo y postrer saludo. El «*sheriff*» le frenó, deteniéndola suavemente.

—Déjele —dijo el «*sheriff*»—. Es mejor esto que esperar parados, Honey.

Ella vaciló, mientras el llanto surcaba sus mejillas. Herb Miller se acercó y le oprimió las manos con fuerza. Luego, antes de que Honey pudiera lanzarse en sus brazos, salió rápidamente. Ni una parte de su cuerpo aparecía visible, bajo las ropas elegidas por el médico. Le había escogido un tono verde brillante, que el tejido plástico hacía más vivo, casi luminoso.

Herb Miller abandonó la relativa seguridad de la estancia. Los tres que allí quedaban se contemplaron, mudos de temor, de angustia, de tensión.

Poco después, la figura encapuchada de Herb Miller pisaba la calle, salpicada de esqueletos, desierta y silenciosa, mientras, en la distancia, la gente huía a los campos, perseguida por el horror alado… y los gritos estridentes, horribles, sonaban allá a lo lejos como un clarín de muerte, de destrucción, que el éxodo no podía evitar.

Herb Miller permaneció un instante en la acera del hospital. Luego, echó a correr furiosamente, cruzó la calle desierta, saltando sobre algunos esqueletos humanos, trágicamente descarnados.

En el acto, como un ejército dantesco al grito de guerra, surgió algo por una esquina.

Un enjambre oscuro, negruzco, volando en espirales… ¡Cientos, miles y miles de los insectos diabólicos!

Se lanzaron zumbando tumultuosamente sobre Herb Miller para cortar su desesperada carrera hacia el almacén general, desierto y

desmantelado.

Un triple grito de angustia acogió la escena. Honey, Eastman y el «*sheriff*» Morrison perdieron toda esperanza… si es que llegaron a tenerla alguna vez.

Capítulo IX

¡Dentro del Horror!



iller sabía que era el momento crucial. La vida o la muerte.

Y todo dependía de sí mismo. De su rapidez en llegar, de su carrera vertiginosa… y también de que su idea fuese acertada.

Creía sentir dentro de sí los gritos de angustia de sus amigos, testigos mudos, petrificados, impotentes, al otro lado de la pantalla amarilla que le había dado la idea. La idea luminosa… o fatídica.

Pero nada podía ser peor ya. La muerte hubiera llegado igual. Era el día de los insectos espaciales, y estaban dispuestos a terminar con miles, quizás con millones de vidas. El gobierno, la Casa Blanca, el Pentágono, podrían combatirlos con todas sus fuerzas. Pero quizá ni siquiera las bombas atómicas lograran cosa alguna sobre sus organismos, salvo aquéllos que cayeran bajo el impacto directo. Era muy posible que absorbieran la radioactividad, habituados a otras

radiaciones más intensas, de tipo cósmico.

Ahora tenía el enjambre justamente ante él. Pero Herb Miller había sido muy astuto. Inició su carrera en sentido frontal, hacia un edificio situado frente al hospital. Los insectos le cerraban el paso, con zumbante irritación, formando una masa oscura, densa, chirriante.

Herb Miller se detuvo. Fingió retroceder, vacilar, y, de súbito, se lanzó como disparado por un resorte en sentido diagonal, hacia el almacén cercano.

Los insectos eran rápidos de acción… y de cerebro. Les vio girar, evolucionar con celeridad fantástica, para cerrarle el paso en aquella dirección. Pero llegaron un poco tarde, no mucho. Quizá no más de dos segundos.

Y Herb Miller, como un proyectil, hendió las vidrieras del almacén y penetró en él como lanzado por una catapulta formidable. Le siguió, naturalmente, toda la masa de insectos, enjambre de furibundos enemigos ávidos de festín humano. Y ávidos, tal vez, de impedir su acción, que presentían peligrosa.

Miller sacudió sus manos enguantadas para alejar a los insectos exploradores, que capitaneaban el grupo. Aplastó a uno contra el muro del almacén. Luego, de dos brincos inverosímiles, alcanzó la parte de atrás del largo mostrador. Sus ojos ya habían visto, a la grisácea luz del día trágico, las hileras de frascos de vitroplast, repletos de vivísima materia fluorescente. Pinturas de colores radiantes, fosforescentes, luminosos…

Los insectos zumbaban de forma demoníaca allá dentro. Sintió dentelladas diminutas en sus ropas. Faltaban escasos segundos para que la voraz masa penetrara en su atavío y le atacara directamente.

Herb Miller luchó a la desesperada, sacando fuerzas de flaquezas, sabiendo que con cada gesto, con cada movimiento, actuaba no sólo por salvar su vida, sino muchas otras.

Uno de los insectos estaba muy cerca de él. Horrorizado, vio cómo se hinchaba, como se agrandaba hasta adquirir el tamaño de un buitre. Era una metamorfosis fantástica, que sin duda provocaba en el organismo de aquellos monstruos el apetito insatisfecho, el afán de comer…

Compadeció mentalmente a los pobres que murieron devorados por aquellas fauces bestiales, babeantes, entre oscura pelambrera,

bajo las múltiples celdillas de sus ojos de insecto…

Luego, las manos de Herb se alzaron con algo entre los dedos. Dos frascos que tiró sobre el mostrador, donde reventaron violentamente. Se quebró el vitroplast, y saltó, espeso y luminoso, el color fluorescente de las pinturas plásticas luminiscentes que se empleaban habitualmente.

Un amarillo rabioso, un naranja virulento y bellísimo pareció dar reflejos de luz al oscuro almacén abandonado. Luego, Herb Miller derramó sobre sí el contenido de un tercer frasco, y esparció el color rojo fluorescente por encima de sus ropas.

Los insectos parecieron planear, rodearle ávidamente, dispuestos al acoso final de sus ya acribilladas prendas de vestir.

Fue un instante tremendo, estremecedor. El momento en que la vida de Herb Miller —y la de toda la humanidad con él—, osciló sobre la cuerda floja de un trance terrible, patético, trascendental.

Después…

* * *

Después, llegó el final.

Un final sorprendente para cualquiera. Pero que no podía sorprender en modo alguno a Herb Miller. Porque él había jugado con esa posibilidad remota. Una posibilidad que resultaba acertada y que abría el corazón de una nueva esperanza.

Los insectos llegados de otros lugares del vacío sideral, los diminutos y voraces seres inteligentes que un día descubriera Ismael Franz en sus tierras, y que terminaron con su vida como con tantas otras, revolotearon confusa, torpemente, sobre las grandes y luminescentes manchas de color plástico de flúor. Eran como polillas atraídas por una llama fascinadora y mortal.

Comenzaron a caer, igual que si un insecticida nuevo y poderoso los aniquilara. Herb Miller les vio revolcarse, convulsos, sobre las masas de pintura pastosa, fosforescente.

Huyeron de sus ropas súbitamente iluminadas por la pintura de color luminoso. Rebotaron contra las paredes, en un afán por salir de allí, por alcanzar nuevamente a la luz del torvo día.

Herb aferró nuevos botes de pintura. Había cientos de ellos en las estanterías. Podía destrozar una gran cantidad de ellos, sin que

por eso sufrieran mermas serias sus nuevas «armas».

Disparó tarros contra muros y puertas. Llamaradas de luz y color brotaron ante los enjambres de insectos carnívoros, que retrocedían, como heridos por aquellos ramalazos espesos, goteantes, súbitos, de color plástico, fluorescente.

—¡Ahora os he derrotado! —rugió Miller, furioso—. ¡Ahora os hago huir, malditos monstruos! ¡Fuera de aquí! ¡Fuera de la ciudad, del país… de la Tierra toda! ¡Ya tenemos un arma! ¡Todos la utilizaremos contra vosotros, horda maldita!

Caían a cientos, a millares. Incluso sin tocar los charcos de color vivísimo, sin rebozarse en los trallazos de rabioso iris de flúor, se abatían, sin vida, aleteando débilmente en el suelo. Herb los iba pisando, a medida que avanzaba. Con una complacencia virulenta, furibunda. Con el pensamiento puesto en infortunados amigos, como Kirk Franz… Era su venganza. Una dura y violenta venganza, más allá de la lucha por la existencia y por los vivos. Era la lucha por los que murieron. Por los que dieron su vida para que llegara aquel momento en que los voraces insectos del espacio fueran barridos implacable, ferozmente. Con la misma inexorable ferocidad con que ellos pretendieron abrir brecha en el mundo indefenso.

En la calle, desierta y silenciosa, los enjambres se reunían, como a una insonora llamada de emergencia. Parecían querer abatirse, en un desesperado esfuerzo final, sobre Herb Miller.

Pero cuando Herb apareció en la puerta, enarbolando tarros de pintura de flúor y los lanzó sobre el suelo y sobre los muros, los insectos revolotearon, retrocediendo vivamente ante la llamarada de luz roja de su traje, cubierto de pastosa pintura, chorreante de color líquido.

La luz del día, al reflejarse en la pintura plástica, producía un efecto fosforescente, casi cegador para los ojos humanos. Pero, evidentemente, para las celdillas visuales de los insectos era mucho más que cegador. Les hería, les introducía en una agonía rápida, que empezaba con un aleteo zumbante y terminaba al rodar por tierra, hasta la inmovilidad total.

—¡Lo ha logrado! ¡Lo ha logrado! —chilló el doctor Eastman—. ¡Su idea era acertada, amigos míos!

—¿Su idea? —Morrison, perplejo, se volvió—. No logro entender aún, doctor…

—¡Está aniquilando a todos los insectos! —gimió Honey Allen, radiante de júbilo—. Doctor Eastman, ¿cómo ha podido ser? ¿Qué tiene que ver esa pintura con…?

—Miller me contó que recordaba lo de las tiendas plásticas de usted, Honey, de color fluorescente, abandonadas en tierras de Hamilton Kane —explicó Carl Eastman—. Los insectos no la persiguieron a usted porque esos colores fluorescentes les atrajeron y aturdieron. No tocaron para nada aquel plástico. Tampoco tocaron los tableros de plástico metalizado… pero sólo cuando no eran incoloros y transparentes, sino cuando eran amarillos o de otro tono fluorescente. Herb creyó ver en eso una posibilidad. Y la había, ya lo ven. Los tonos suaves, fluorescentes, les aturdían y hacían huir. Los tonos vivos, rabiosos, les aniquilan, les aturden, cegándoles tal vez, o envenenando de algún modo su organismo. No sé aún en qué forma. Será preciso estudiar a fondo la naturaleza de esos bichos monstruosos para saber a ciencia cierta qué efecto provoca el color flúor en sus cuerpos. Herb también me dijo que atacaban preferentemente a gentes vestidas de gris, blanco o negro. Huían en todo momento de los colores vivos.

—Por tanto…

—Por tanto, señores, ya conocemos el arma, la defensa del mundo contra la plaga. Todos nos vestiremos de trajes bañados en pintura fluorescente. Y atacaremos así a la plaga, hasta su total extinción.

—Tal vez llevará tiempo, ¿no cree? —preguntó Honey Allen, con viveza.

—Si, es posible… —Eastman miró con una sonrisa a la calle, donde la figura embadurnada ahora de rojo, verde y amarillo rabioso, de Herb Miller, se mantenía triunfante, inamovible en medio de la calzada, rodeada de miles y miles de insectos inmóviles —. Pero si eso sigue así, amigos míos, ¿qué puede importarnos el tiempo? Si es preciso, viviremos años enteros, generaciones completas vistiendo ropas fluorescentes. Teñiremos nuestra piel con tonos de flúor, incluso para dormir. Los edificios serán radiantes, luminescentes. Fosforecerán vehículos, ropas y utensilios. Llegará hasta nuestros nietos… pero la plaga morirá. Y un día, no quedará un solo mosquito espacial en la tierra, cuando larvas y crías hayan sido extinguidas totalmente. Sí, creo que no debe importarnos

mucho el tiempo que pase. Lo importante, es que el milagro haya ocurrido. Y que, como en la literatura, los extraños de otros mundos sean aniquilados con lo más sencillo y simple que puede haber en nuestro planeta: la luz flúor, el color vivo, luminoso…

—Y lo que entre nosotros es como un símbolo de vida, de luz, de alegría, es para ellos muerte, destrucción, aniquilamiento decisivo… —musitó Honey Allen. Alzó los hermosos ojos al cielo, gris y plomizo. Pero súbitamente lleno de promesas, de belleza para todos ellos—. ¡Gracias, Dios mío!

—Dios no olvida nunca a Sus criaturas —dijo Morrison, fervoroso. Contempló a Herb Miller y encajó las mandíbulas—. ¿Saben una cosa? ¡Voy a echar una mano a ese bravo!

—¿Qué cree que pensaba hacer yo ahora mismo? —saltó Honey, echando a correr hacia el pasillo.

—¡Cuidado, tengan cuidado! —gritó Eastman, corriendo también en pos de ellos—. ¡Cúbranse pronto de pintura fluorescente, eviten a esos pequeños monstruos!

Parecían no oírle, en el paroxismo del júbilo, de la alegría de vivir, de destruir, una vez más, a las demoníacas fuerzas del mal. De la única forma que era posible hacerlo, ahora o en cualquier época, desde el principio del tiempo: con valor, con fe, con esperanza y con amor a los demás.

Lograron alcanzar el almacén, aunque ya antes el eufórico y riente Herb Miller les roció de pintura de radiante color, les salpicó de irisada fluorescencia, con la infantil alegría del chiquillo que tira bolas de nieve.

Y el mal, el horror llegado de las tinieblas del vacío, del espantoso abismo tenebroso y eterno del cosmos, retrocedía, caía, se abatía ante los chispazos de luz y color.

Luz y color…

Dos dones generosos del Creador. Pero que no todas las criaturas del universo poseían. En el mundo oscuro, remoto y lóbrego de donde la plaga llegó un día, no debían de existir luz ni color.

Por eso el flúor policromado había sido el arma. Y el ingenio de un hombre, la inspiración de Herb Miller, el amigo de los agricultores, la voz fraterna de los hombres del campo, el camino del triunfo que, sólo unos minutos antes, parecía imposible, inalcanzable…

Y Herb Miller continuaba, inexorable, la victoriosa lucha contra el azote entomológico… Con Honey Allen, abrazada a él, riendo y llorando ambos, bañados en un absurdo embadurnamiento de colores, de churretes de pintura.

En un carnaval glorioso, en un estallido ebrio de júbilo, de color, de alegría de vivir…

Porque ahora había un futuro. Volvía a existir el futuro para el mundo. Primero, era Lewiston, Maine. Luego, los demás lugares. Después, llegaría el aviso a Washington, al Pentágono, a la Casa Blanca… A Londres, a París, a Madrid, a El Cairo, a Moscú…

Era el principio. Un principio maravilloso. Un nuevo amanecer tras el tornado. Y tras el horror de una pesadilla, mil veces peor que el más devastador enfado de la naturaleza.

Así terminó la plaga llegada del espacio. La más espantosa plaga que jamás conocieron el campo y el hombre. Y la vida, y el mundo…

Así terminó. Cuando todo empezaba para Herb Miller, para Honey, para todos…





LA MISTERIOSA LLAMADA DE LOS ESPACIOS INFINITOS

EL INCREÍBLE PROGRESO DE LOS SIGLOS FUTUROS

EL ALUCINANTE ARCANO DE LA VIDA EN OTROS MUNDOS

La ficción científica le proyectará más allá de las fronteras de nuestro mundo, hasta las últimas galaxias y los mundos más diversos en

ESPACIO EXTRA

con los autores españoles de este género que pueden compararse dignamente a los maestros de la "science fiction" de todo el mundo.

Publicación mensual

Impreso por Ediciones Toray, S. A. Arnaldo de Oms, 51-53 - BARCELONA

Precio: 8 ptas.



ENRIQUE SÁNCHEZ PASCUAL. Nació en Madrid en agosto de 1918. Era estudiante de medicina cuando estalló la guerra civil, lo que le obligó a abandonar los estudios. Su condición de combatiente republicano le obligó a exiliarse de España al terminar el conflicto, refugiándose en Francia. Allí conoció a su esposa, Ángeles Abulí, con la que contrajo matrimonio fruto del cual fueron cinco hijos: Christiane, Enrique, Richard, Yolande y May. Posteriormente regresó a España, lo que le costó cumplir una pena de prisión en la cárcel de Figueras; resulta curioso comprobar el paralelismo de esta etapa de su biografía con las de otros autores de literatura popular tales como Marcial Lafuente Estefanía, el recientemente fallecido Alfonso Arizmendi o Fernando Ferraz Fayos (Profesor Hasley) entre otros; por lo que se ve, el bando perdedor de la guerra civil fue una cantera de excelentes escritores en los años subsiguientes. En los duros años de la posguerra, y domiciliado en Madrid, trabajó como representante de unos laboratorios farmacéuticos escribiendo Poesías para médicos, un irónico poemario dedicado al colectivo médico. Poco después, animado por un amigo escritor, probó suerte en el campo de la literatura popular, entonces en auge, es de suponer que con éxito puesto que acabaría convirtiéndose, tal como se ha comentado en la introducción, en uno de los autores más

conspicuos del género. Aunque Sánchez Pascual comenzó su carrera literaria en Bruguera, lo que motivó el traslado de toda la familia a Barcelona, fijando su residencia primero en el pueblecito de Mirasol y posteriormente en Sant Cugat del Vallés y Masnou, también fue uno de los principales colaboradores de Toray, la rival catalana de Bruguera, donde asimismo dejó un extenso catálogo. Otras editoriales para las que escribió fueron también la desaparecida Ediciones Petronio y la mexicana Diana.

Tal como solía ocurrir en este campo, Sánchez Pascual escribió prácticamente de todo: novelas, guiones, poesías, artículos, obras de teatro, traducciones… y por supuesto, abordando prácticamente todos los géneros. Como es natural tuvo que firmar bajo seudónimo y, al ser tan prolífico, recurrió a una buena batería de ellos. El más conocido de todos es probablemente el de Alex Simmons, pero también utilizó el de Karl von Vereiter, para firmar libros de temática bélica y, ya dentro de la ciencia ficción, recurrió a toda una batería de los mismos: Law Space, H.
S. Thels,
W. Sampas, Alan Comet, Alan Starr, Lionel Sheridan, el ya citado Alex Simmons… El que hay que descartar como suyo, pese a las atribuciones que se le han hecho, es el de Marcus Sidereo, probablemente un seudónimo editorial bajo el que se cobijaron diferentes autores no identificados.

Notas

[1] «Honey» en inglés significa miel, pero también es un nombre propio del cual no existe traducción en español. < <

[2] H. G. Well, en «La Guerra de los Mundos», «mata» a los marcianos con microbios terrestres, con simples bacterias de la atmósfera de nuestro planeta. (Nota del Autor). <<